

*Eugenio Cambaceres*

# POTPOURRI

*Silbidos de un vago*

*edición de  
Claude Cymerman*

 - STOCKCERO - 

Foreword, bibliography & notes © Claude Cymerman  
of this edition © Stockcero 2009  
1st. Stockcero edition: 2008

ISBN: 978-1-934768-21-1

Library of Congress Control Number: 2009927496

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface  
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.  
3785 N.W. 82nd Avenue  
Doral, FL 33166  
USA  
stockcero@stockcero.com

[www.stockcero.com](http://www.stockcero.com)

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	VII
1. LA ARGENTINA DE LOS AÑOS 1880.....	VII
1.1. LA SITUACIÓN POLÍTICA	
1.2. LA SITUACIÓN ECONÓMICA	
2. LA GENERACIÓN DEL 80 .....	XI
3. EL NATURALISMO Y SUS AVATARES .....	XV
4. CAMBACERES: SEMBLANZA BIOGRÁFICA.....	XXI
4.1. FILIACIÓN Y AÑOS MOZOS	
4.2. EL MUNDANO Y EL POLÍTICO	
4.3. EL MISÁNTRORO Y EL ESCRITOR	
5. LA NARRATIVA .....	XXVI
5.1. PRIMER PERÍODO: LAS DOS PRIMERAS NOVELAS DE CAMBACERES. EL RECHAZO A LA SOCIEDAD ARGENTINA, LA APERTURA HACIA EUROPA, EL PROGRESISMO	
5.1.1. POTPOURRI (1882)	
5.1.2. MÚSICA SENTIMENTAL (1884)	
5.2. PERÍODO INTERMEDIO. LA CRISIS POLÍTICO-ECONÓMICA, LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA, EL VUELCO IDEOLÓGICO	
5.3. SEGUNDO PERÍODO: LAS DOS ÚLTIMAS NOVELAS DE CAMBACERES. EL RECHAZO A LA INMIGRACIÓN EUROPEA, EL REGRESO A LA TRADICIÓN ARGENTINA, EL CONSERVADURISMO	
5.3.1. SIN RUMBO (1885)	
5.3.2. EN LA SANGRE (1887)	
6. CONCLUSIÓN.....	XLVI
7. NUESTRA EDICIÓN .....	XLIX
8. BIBLIOGRAFÍA SELECTA .....	LIII
 POTPOURRI	
DOS PALABRAS DEL AUTOR .....	I

I .....	15
II .....	17
III.....	19
IV .....	33
V .....	43
VI.....	49
VII.....	63
VIII .....	77
IX.....	81
X .....	83
XI.....	87
XII.....	89
XIII .....	93
XIV .....	97
XV .....	111
XVI .....	113
XVII .....	119
XVIII .....	121
XIX .....	123
XX .....	125
XXI .....	127
XXII .....	129
XXIII .....	135
XXIV .....	139
XXV .....	151
XXVI .....	159
XXVII .....	163

# INTRODUCCIÓN

## I. LA ARGENTINA DE LOS AÑOS 1880

### I.1. LA SITUACIÓN POLÍTICA

Cuando un buen día del año de gracia de 1843, en el seno de la familia Cambaceres, ve la luz Eugenio Modesto de las Mercedes, su país natal es un estado embrionario y retrasado, sometido de hecho al yugo despiadado y cruel de un déspota absolutista y retrógrado, Juan Manuel de Rosas, gobernador de la provincia de Buenos Aires. Durante su gobierno, éste había mantenido la provincia (e, indirectamente, el país, con la complicidad de los caudillos de las provincias del interior), en un estado de subdesarrollo y de repliegue sobre si mismo durante el cual la barbarie ahogaba la civilización y el terror institucionalizado hacía las veces de método gubernativo.

Desde la independencia del país y el período de inestabilidad que la siguió, dos bandos antagónicos e inconciliables se disputaban el poder, los *unitarios*, antirrosistas, partidarios de un gobierno central, abiertos hacia Europa (excluyendo a España) y favorables al capitalismo inglés o francés, que representaban a la alta burguesía porteña y urbana y defendían el liberalismo en el doble plano político y económico, y los *federales*, rosistas, apegados a la autonomía de las provincias, herederos de la mentalidad colonial española, que encarnaban sobre todo los intereses de hacendados y saladeristas<sup>1</sup> y sostenían con métodos totalitarios una economía pastoril, localista y proteccionista.

A la caída de Rosas, vencido por Urquiza en 1852 –Eugenio tiene tan sólo nueve años...–, los liberales argentinos vuelven del exilio y dan a conocer al país las ideas avanzadas adquiridas gracias a sus lecturas de los enciclopedistas

---

1 *Saladeristas*: la actividad económica en la zona se centraba en el comercio de mercaderías importadas de Europa y la cría extensiva de ganado. Al no existir el transporte frigorífico la exportación de carne era imposible –excepto como charque–, por lo cual algunos grandes hacendados habían incursionado en la salazón industrial, tanto de carne como de los cueros. A ellos se los conocía como «saladeristas».

o de los autores románticos, sus viajes y, en líneas generales, su conocimiento de las teorías progresistas o socializantes europeas o norteamericanas.

El liberalismo triunfa entonces en el Río de la Plata, a pesar de un período de diez años de inestabilidad política (marcado principalmente por los intentos de secesión de Buenos Aires frente a la Confederación). Se va constituyendo así, si bien parcialmente, un remake de la dicotomía federales / unitarios decantado en el enfrentamiento entre los partidarios de un poder federal, cuya figura más representativa era Justo José de Urquiza, rico hacendado de Entre Ríos quien había ocupado la presidencia de la Confederación luego de derrotar a Rosas en Caseros, y quienes propugnaban un estado centralizado, dirigido desde Buenos Aires, cuyo líder político era Valentín Alsina y militar Bartolomé Mitre.

Ambas posturas se enfrentaron por primera vez en la batalla de Cepeda (1859), venciendo Urquiza, lo que forzó a Buenos Aires a incorporarse a la República Argentina, y luego en la batalla de Pavón (1861), en la que ganó Mitre. El resultado final de estas acciones fue la pacificación del país mediante una organización federal, de ideología liberal y librecambista en lo económico. Así va quedando atrás el país sometido y retrasado que Cambaceres había encontrado al nacer.

Si la primera infancia del futuro escritor se desarrolló pues en una atmósfera enrarecida, poco abierta a las ideas avanzadas, su adolescencia y su juventud, la edad en que se forma y se fragua el espíritu, iban a ser testigos del desarrollo material y cultural de Argentina. De hecho, sin embargo, el nuevo liberalismo económico sirvió sobre todo para que una clase social específica —la oligarquía a la que pertenecía Cambaceres— se hiciera con el poder y tratara en adelante de conservar su posición hegemónica, con todos los privilegios que le venían asociados.

A fines del 62, Mitre asume la presidencia de la República. El nuevo presidente, dado tanto a las letras y a la historia como a las armas y a la política, desarrolla la obra emprendida ya por Urquiza, instaura un orden legal y refuerza la unidad del país. Desgraciadamente, la guerra de la Triple Alianza iniciada contra el Paraguay, no sólo asoló la nación vecina, sino que llenó de deudas a la misma Argentina. En 1868 es elegido Sarmiento que defiende las luces de la civilización contra el oscurantismo de la barbarie (de hecho, contra el gaucho tomado como arquetipo, lo cual veía como un obstáculo al avance del progreso). Continúa la obra de sus predecesores y fomenta la instrucción primaria con la creaciones de escuelas normales. Bajo su presidencia es cuando Cambaceres ejercerá su propia actividad política y luchará, él también, para que prevalezcan las ideas liberales.

En 1874, Avellaneda sucede a Sarmiento. Con la ayuda de su ministro de Guerra, el general Roca, llevará a cabo la «conquista del desierto» corriendo la frontera con los indios, y haciendo que la tierra anteriormente de hecho en manos de éstos pasara finalmente a manos de colonos y latifundistas. Y al

término de su mandato, la designación de Buenos Aires como «capital federal» señalará un definitivo cambio de rumbo político y socioeconómico, no sólo en las estructuras de la ciudad, sino en las de la nación entera. La decisión de «federalizar» Buenos Aires, que la provincia y el partido nacionalista impondrán a los autonomistas bonaerenses, se tornará de hecho en menoscabo de los primeros al desarrollarse considerablemente la joven capital en detrimento del resto del país. El aumento de la población de la urbe (en razón principalmente de la inmigración europea), el desarrollo de los barrios nuevos y la extensión consiguiente del perímetro urbano (una epidemia de peste, surgida en 1871, contribuyó a implantar en el Barrio Norte la nueva burguesía, abandonando los barrios sureños al sub-proletariado de la inmigración), el embellecimiento general de la ciudad (en su trazado, su arquitectura, su decoración), todo contribuye a hacer de Buenos Aires una ciudad moderna, «europea», prestigiosa y atractiva. Simultáneamente, resulta cada día más evidente la distorsión entre la civilización que parece simbolizar la capital y la barbarie que representan hasta cierto punto las provincias alejadas. La oligarquía y los capitalistas argentinos y extranjeros viven en la urbe, o en las ricas estancias de sus aldeaños, y tienen la vista fija en la capital que les aparece como la vitrina americana del modernismo europeo. Y cuando el general Roca asume el poder entre 1880 y 1886, las clases dirigentes del país creen discernir, en un presidente cuya divisa era «paz y administración», la garantía de un orden burgués, resueltamente orientado hacia el progreso civilizador, apoyado en el dogma del racionalismo y del positivismo y en unas instituciones resueltamente laicas (con, a veces, algunos ribetes de anticlericalismo). De hecho, Roca acentuará todavía más el dinamismo económico y los progresos técnicos, urbanísticos y arquitectónicos de la flamante capital que quiere en adelante competir con la Ciudad Luz y ser el París de América Latina. Se construye el puerto de Buenos Aires y se remodela el centro de la capital. En la provincia de Buenos Aires, se funda la ciudad de La Plata y se edifican grandes frigoríficos que van sustituyendo los viejos saladeros que, desde los tiempos de Rosas, habían hecho la fortuna de la familia Cambaceres. Se puede decir que, bajo la presidencia de Roca, y con el apoyo de la oligarquía y de la *intelligentsia* (que llegaron entonces a confundirse), la capital alcanzará el apogeo de su poderío y la Argentina moderna quedará definitivamente establecida. Esta presidencia significa también el advenimiento de una nueva burguesía capitalista que se va agregando a la vieja oligarquía criolla y le disputa su predominio en todos los ámbitos. Y al asumir a su vez la presidencia, Juárez Celman (concuñado de Roca) desarrollará aún más la política ultraliberal de su predecesor, pero sin la sutileza ni las capacidades gubernativas de aquél. Todo lo cual no dejará de tener funestas consecuencias que desembocarán en la dimisión del presidente y en la crisis político-económica del 90.

## 1.2. LA SITUACIÓN ECONÓMICA

Oponiéndose al poder feudal y oscurantista de Rosas (favorable a los intereses de los ganaderos) y a su corolario, el atraso económico y cultural, Urquiza supo fomentar la agricultura y la ganadería, así como la importación y exportación de productos. Instaló la primera línea telegráfica, desarrolló la enseñanza primaria y estimuló la inmigración. Además, configurando la imagen de la Argentina moderna, empezó a abrir el país al capital y al trabajo extranjeros, atrayendo así las inversiones de la Europa rica —inglesa, francesa...— y la mano de obra de la Europa pobre —Italia y España principalmente—, si bien, en principio, tanto Sarmiento como Alberdi marcaron su preferencia por una inmigración procedente de la Europa del norte.

Con Mitre, Sarmiento y, sobre todo, Avellaneda, progresarán aún más el comercio, la agricultura, la ganadería y la industria naciente, gracias, en particular, al fomento de la inmigración. Pero la desproporción entre, por una parte, la riqueza, el poderío y el dinamismo de Buenos Aires, y, por otra parte, con alguna que otra excepción, la pobreza, la pasividad y los retrasos técnicos del interior, se amplifican, si bien la introducción de nuevos métodos agropecuarios, la construcción de ferrocarriles, la conquista del desierto y la utilización del alambre (que alejan o hacen desaparecer al indio y al gaucho) modifican sensiblemente la fisonomía de la Pampa, la extensa planicie que rodea Buenos Aires.

La presidencia de Roca marca el auge del desarrollo del país. El nuevo presidente va ampliando la producción ganadera y agrícola, gracias en particular a la expansión de los territorios ganados a los indios y a la extensión del ferrocarril. Sobre todo, da un giro trascendente a la economía, orientándola decisivamente hacia una cooperación estrecha con países europeos, Francia y, sobre todo, Inglaterra a nivel del capital, España y, especialmente, Italia a nivel de la mano de obra. Se dijo que Argentina vino a ser, en lo económico, una «colonia inglesa», en una verdadera relación de vasallaje, acomodándose a una forma de división internacional del trabajo impuesta por el capitalismo europeo, vendiéndole a Inglaterra las materias primas y comprándole los productos manufacturados. Sería injusto, sin embargo, negar el impacto producido por los cambios socioeconómicos y demográficos que permitieron el nacimiento de una clase media y de una nueva burguesía. De hecho, la inteligencia política del «Zorro» (el apodo que muy pronto se ganó Roca) supo aprovechar las oportunidades que se ofrecían para desarrollar la economía nacional. Sólo que la expansión económica tenía su contrapartida: el saldo negativo de la balanza comercial y el peso enorme de la deuda externa. A su vez, Juárez Celman se calzó las botas de Roca, concediéndole aún más concesiones al capital extranjero y aumentando en forma desconocida hasta entonces el peso de la deuda. Esa política, que venía acompañada de una



corrupción y una especulación bochornosa, terminó por llevar el país a la crisis y al crac bursátil de 1890.

Ahora bien, la extraordinaria y problemática transformación de la Argentina y, más que nada, de su capital, viene reflejada lógicamente en la literatura contemporánea, la que se conoce bajo el nombre de «generación del 80». A esta generación pertenece Cambaceres y en este decenio es cuando redacta y publica sus cuatro novelas.

## 2. LA GENERACIÓN DEL 80

La expresión viene aplicada, lógicamente, a los escritores argentinos que publicaron sus primeras grandes obras en el transcurso del decenio. Pero ocurre que aquellos escritores del 80 eran ante todo abogados, legisladores, periodistas, diplomáticos o militares —generalmente acumulaban varias de estas profesiones—, como lo fueron Mansilla, Wilde, Cané, López, García Mérou y el mismo Cambaceres. Aquellos hombres, tan brillantes en el foro como en la tribuna, eran *también* literatos. Su extensa formación universitaria (todos son doctores en derecho o en medicina), su perfecto o casi perfecto conocimiento de idiomas extranjeros (del francés y, en menor grado, del inglés y del italiano), transmitido por sus ascendientes o adquirido de un preceptor o de una gobernanta, los frecuentes viajes a Europa que reforzaban la práctica de esas mismas lenguas y les facilitaban el contacto con las letras y las artes europeas, su asidua frecuentación del teatro y de la ópera, sus numerosas lecturas de las literaturas extranjeras, sus reuniones acostumbradas en clubes selectos o en salones aristocráticos, todo contribuía a hacer de estos miembros de la oligarquía unos espíritus cultos y eclécticos, unos mundanos polimorfos y polifacéticos. Correlativamente —éste es uno de los puntos comunes que los vinculan unos a otros—, eran todos, o casi todos, políticos de alto vuelo, avezados en el ejercicio del poder legislativo o ejecutivo y acostumbrados a tener entre sus manos, como lo habían hecho a menudo sus padres o sus abuelos, los destinos de la patria. Y los que no pertenecían a la clase dirigente (Martel<sup>2</sup>, Villafañe, Sicardí, Podestá, Argerich, Ocantos...) sabían identificarse con ella. De hecho, más que en manos de la democracia, estaban los destinos de la nueva República en poder de una oligarquía ilustrada. Sus orígenes los invitaban a sacar del pasado histórico el ejemplo de una vida de grandeza, consagrada al servicio de la patria, y les infundían la convicción de que tenían a su vez una misión que cumplir y que les correspondía a ellos, y solamente a ellos, trazar el destino y el porvenir de su país. Al mismo tiempo su obra lleva la impronta de cierto desconcierto frente a los cambios acelerados sufridos por la sociedad argentina y viene marcada en los casos más extremos —comprobaremos que fue precisamente el de Cambaceres— por una franca actitud

---

2 pseudónimo del periodista José María Miró

de rechazo y de denuncia. Por eso mismo, lleva estampada la nostalgia de un pasado glorioso del que se siente heredera, y eso desde la conmovedora mirada de Cané sobre sus aventuras de adolescente, sus *Juvenilia*, en la novela epónima, hasta la simpática evocación por Lucio V. López de la *gran aldea* de su juventud, pasando por las memorias de un Mansilla que hacen revivir su historia, la de su padre o de su familia, de sus relaciones o de sus interlocutores.

Pero si se muestran legítimamente orgullosos de un pasado vinculado al de su familia, que se remonta a veces hasta la época de la Independencia, no se quedan, sin embargo, pasivos o contemplativos. Su meditación, las más de las veces, es positiva y su acción se vuelve hacia el porvenir y el progreso, sinónimo éste de civilización, por oposición a la barbarie de Rosas o de la provincia. Todos estos escritores, en efecto, son porteños de nacimiento o de adopción. Buenos Aires les trae todos los ingredientes que entran en la noción de civilización: un marco moderno, dinámico, que hace beneficiar a sus felices habitantes de los últimos aportes del progreso técnico (luz eléctrica, gas, ferrocarril...) y da a la capital la fisonomía de una ciudad piloto; un marco político y económico, ya que en Buenos Aires es donde se hace esencialmente la política del país y se practica, por intermedio de los bancos, el libre cambio que enriquece a sus privilegiados; un marco cultural, con los teatros, la Opera, las salas de conciertos, los salones de exposiciones de todo tipo, con los grandes diarios nacionales y las librerías que mantienen a sus lectores al corriente de la actualidad más reciente; un marco social, con sus clubes —el del Progreso en particular—, sus sociedades culturales o filantrópicas, sus cafés en boga que reúnen la flor y nata de la aristocracia y de la *intelligentsia*; un marco relacional, por intermedio de las reuniones mundanas que tienen lugar en los palacios y palacetes y que prolongan las *causeries* del club. Y Buenos Aires, escaparate de Europa, representa el *nec plus ultra* de las elegancias en todos los campos. En este marco refinado es donde se sitúan los intercambios culturales y mundanos que comunican a los participantes la conciencia de que pertenecen a una elite y donde se afirman sus afinidades.

La mayoría de ellos pertenece en efecto a la oligarquía argentina de formación reciente, educada en Francia o Inglaterra sobre cimientos culturales positivistas y científicistas, que poco tiene que ver con la vieja aristocracia de sangre colonial y mucho con el dinero y la posesión de la tierra. Unos proceden de la burguesía revolucionaria, como López, de la burguesía comerciante porteña y unitaria, como Cané, de la burguesía latifundista, provincial y federal, como Mansilla, o aún de la burguesía latifundista y saladerista, como Cambaceres. Son a la vez criollos nacionalistas e imitadores de todo lo francés, empezando por la lengua que salpica sus *causeries* y sus escritos. En el fondo son todos ellos unos aristócratas y unos *gentlemen*, o sea, unos privilegiados de la sociedad y del espíritu, unos príncipes de la elegancia y del buen gusto,

situándose a igual distancia del hombre de bien del siglo XVII y del mundano del XVIII. Aquella distinción aristocrática aparece en todas sus manifestaciones sociales y privadas, materiales y espirituales, en su indumentaria y en sus modales, en sus comidas y en su vivienda, en sus lecturas o en sus colecciones, en sus reuniones del Club del Progreso, sus veladas en el teatro Colón o sus viajes a París, en sus aficiones lujosas y en su mismo elitismo compuesto de distinción y afán de perfección.

Generación de aristócratas, de estetas y de diletantes, es también una generación de escépticos, de librepensadores y francmasones, admiradores muchos de ellos de Ernest Renan. La mayoría de los miembros de la Generación son laicos y ateos, a menudo anticlericales. Cané confiesa así su ateísmo personal (*Juvenilia*), Mansilla maneja contra la Iglesia la ironía y el humor (*Entre-nos*), López ataca a los sacerdotes con toda la ferocidad de la sátira caricaturesca de un Quevedo (*La gran aldea*) y Wilde ve en la Iglesia una fuerza reaccionaria y retrógrada, enemiga del progreso y de la independencia de los pueblos (*Cuestiones graves*). Generalmente ven en la iglesia una perpetuación del conservadurismo y del oscurantismo de la tradición española, a la vez que un poderío excesivo a nivel de las instancias gubernativas.

En política son generalmente republicanos, a imitación de su modelo francés. Pero republicanismo no significa socialismo y Cané nos recuerda, por ejemplo, que, dentro de las instituciones republicanas, se sitúa del lado de la aristocracia. Ante todo son positivistas y adeptos del liberalismo económico y del libre cambio que, al permitir la exportación de materias primas y la importación de productos manufacturados, han favorecido el desarrollo del país y la prosperidad de las clases privilegiadas.

Representantes eclécticos de la oligarquía y del poder, productos adelantados, cultos y enciclopédicos de una civilización refinada a lo europeo, los hombres del 80 encontrarán un derivativo en la literatura. Pero escribirán sobre todo para sus pares, para los otros representantes de la élite, o sea, para una minoría de lectores. Las ediciones que saldrán entre 1880 y 1889 alcanzarán tiradas muy limitadas, de tan sólo trescientos a quinientos ejemplares por lo común. A veces, incluso, alguno de ellos llegará a quejarse amargamente de la falta de interés del público por la lectura. Esa literatura será una literatura de diletantes para otros diletantes. Los temas evocados expresarán la ideología de un grupo, y los personajes, como los hechos descritos en las obras, aludirán a la vida cotidiana de este mismo grupo. La acción no saldrá del marco estrecho de una minoría y de una selección de clase.

Si esta producción puede adoptar a veces un cariz comprometido o militante—sin llegar nunca al compromiso político de autores como Mármol, Sarmiento o Hernández, por ejemplo—, la primera motivación que parece mover a escribir a aquellos hombres es su mismo ocio y, corolario del mismo, el tedio, el *esplín* o el *taedium vitae* que son algo como su destino cotidiano. El acto de

escribir aparece desde ese momento como un pasatiempo, como un remedio al aburrimiento y como un modo de elevarse por encima de las bajas contingencias del mundo...

Literatura de una minoría, la producción de los escritores del 80 será también por lo general una literatura menor (Cambaceres, al escribir cuatro novelas, constituirá precisamente una excepción, si bien *Potpourri* representa un mosaico, un *pot-pourri*, de microelementos yuxtapuestos). Los géneros cultivados pueden fácilmente calificarse como tales: autobiografías, recuerdos, crónicas, libros de viaje, cuentos, ensayos, misceláneas... A esta literatura menor corresponden una lengua, un estilo y un tono menores, como le conviene a una generación de literatos para quienes la función escribiente no es un oficio y que no toman excesivamente en serio su producción escrita. Literatura de periodistas, también. Entendamos: de escritores acostumbrados a bosquejar rápidos cuadros, a condensar su expresión, a volver su pluma ágil, lapidaria, incisiva para interesar al lector, defender una idea o vapulear a un adversario.

Su instrumento favorito será, claro está, la prosa, una prosa ora ligera y despreocupada, ora mordaz y cáustica, las más de las veces humorística, que refleja en su modo de escribir campechano la expresión oral, el tono de la conversación de una *causerie* entre amigos, para volver a utilizar el término y el título de Mansilla. Todo esto subraya lo que esa literatura tiene de anticonvencional, de nuevo, de personal, de liviano, y demuestra que se trata evidentemente de una producción de diletantes para quienes la literatura no es más que un lujo, un acto gratuito, un adorno fútil que se añade a lo que sitúa el individuo: el nacimiento, la profesión o la función, el poder económico y la posición social.

En la Argentina del 80 el teatro no existe y si la poesía cuenta con varios cultores, ninguno de ellos pertenece a la «generación del 80» propiamente dicha. La novela, por su parte, está en pañales y apenas si han visto la luz del día novelas históricas, imitaciones de Walter Scott o de los románticos franceses (citemos *La novia del hereje*, 1840-55, de Vicente Fidel López; *El capitán de Patricios*, 1843, de J. M. Gutiérrez; *Soledad*, 1847, de Mitre; sobre todo, *Amalia*, 1851, de J. Mármol). De hecho, nuestros escritores descubrirán la novela pero, fuera de algunas obras aisladas, no le concederán la importancia que cabía esperar. En el decenio del 80, la novela más leída en Argentina sigue siendo la novela europea, y, especialmente, la novela naturalista francesa heredada de las teorías literarias de Emilio Zola. Un examen detenido de la prensa de aquellos años demuestra que en cuanto salía en un diario parisiense un folletín naturalista, su próxima publicación en un periódico porteño y, a veces, provinciano venía rápidamente anunciada. Tampoco se demoraban las traducciones y su publicación en forma de libro. Los mismos libreros de la Capital Federal anunciaban y exponían en sus escaparates, nada más llegar

en el último barco, las últimas publicaciones de Zola, Maupassant y sus discípulos franceses. A su vez, las polémicas surgidas en Francia, a propósito del naturalismo tenían una amplia e inmediata repercusión en la capital argentina. Como se ve, ésta vivía entonces a la hora del naturalismo francés.

### 3. EL NATURALISMO Y SUS AVATARES

Heredado en parte de Flaubert y de los hermanos Goncourt, apareció en Francia hacia 1870 como rechazo a la sensiblería y el idealismo románticos y como la continuación y el perfeccionamiento del realismo. De éste conserva en particular la preocupación por la realidad, común a todos los escritores realistas, la objetividad y la impersonalidad propias de Balzac y Flaubert, el análisis de hechos sociales característico de Balzac y Stendhal principalmente, la importancia del «estudio» para los Goncourt, la observación minuciosa, la compilación de documentos y la información metódica, características del autor de *Madame Bovary*. Zola, además, inspirándose en el autor de la *Comedia humana* que había reflejado en su obra la imagen de la sociedad francesa bajo el Primer Imperio y la Restauración, pretende representar en las veinte novelas que constituyen el conjunto de los *Rougon-Macquart*, esa *Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio*, la sociedad francesa de la misma época.

Pero el naturalismo no se para ahí. A las características del realismo asocia unos principios y un método inspirados en los grandes estudios y descubrimientos científicos e históricos del siglo XIX y que pueden resumirse en cinco o seis grandes datos: evolucionismo, transformismo y determinismo darwinianos; leyes de la herencia definidas por el doctor Lucas; preeminencia de la fisiología sobre los sentimientos y las emociones, según Letourneau; influencia de la raza, del medio ambiente y del momento, sacada de Taine; aporte insustituible de la experimentación, ilustrado por Claude Bernard; espíritu positivista y científico, fe en el hombre y en el progreso humano, inspirados por Augusto Comte. El vocablo *naturalismo*, que se difundirá tan sólo a partir de 1880, en ocasión de las polémicas que mantendrá Zola con sus adversarios, traduce originalmente la voluntad de reproducir con fidelidad la *naturaleza* en la obra literaria o artística, así como la de aplicar a la literatura y al arte el método que el sabio *naturalista* aplica a las ciencias *naturales*.

Zola ha resumido su teoría de la *novela experimental* en el ensayo que lleva el mismo nombre. Ahí define el término, desarrolla su teoría y expone el mecanismo de su método.

Una novela experimental es, simplemente, la verificación de la experiencia que el novelista repite a la vista del público. En suma, toda la operación consiste en tomar los hechos en la naturaleza, luego

en estudiar el mecanismo de los hechos al influir sobre ellos modificando las circunstancias y los medios sin alejarse jamás de las leyes de la naturaleza. Es innegable que la novela naturalista, tal como la entendemos ahora, es una experiencia verdadera que el novelista hace sobre el hombre, ayudándose de la observación.<sup>3</sup>

Ahí es donde más aparece la fragilidad de la argumentación de Zola y donde la fe del escritor se muestra más ingenua. ¿Cómo podría en efecto el novelista *experimental* acerca de lo que no es más que una *ficción*, resultado de una pura creación de su *imaginación*? Por más que oponga el autor de los *Rougon-Macquart* a las *novelas de pura imaginación*, las *novelas de observación y experimentación*, bien sentimos todo lo que esa fórmula encierra de artificial y de vano. Y por más que Zola exija objetividad e impersonalidad del autor, por más que quiera que éste desaparezca completamente detrás del argumento de la obra, es obvio que al manejar personajes y situaciones el creador obra como un «manipulador» (en el sentido estricto de la palabra) e inyecta una dosis nada despreciable de subjetividad y parcialidad. Las loables intenciones de Zola no pasan de ser piadosos deseos. Por lo tanto, la influencia del maestro del naturalismo estriba sobre todo en los méritos de su producción narrativa, más en todo caso que en sus teorías cuya pertinencia se puede discutir con motivo. Sólo se salva de todo ese andamiaje rocambolesco la teoría de la herencia y del medio, la que Cambaceres tratará, precisamente, de aplicar en *Sin rumbo* y en *En la sangre*.

Ahora bien, al querer experimentar las leyes de la herencia y al intentar demostrar el determinismo de los fenómenos, Zola ha dado entrada en su obra a los casos más interesantes desde un punto de vista biológico y médico, o sea, los casos patológicos. En el árbol genealógico de los *Rougon-Macquart*, la rama de los Macquart procede así de una madre neurótica y de un padre alcohólico. Y en esa familia, los seres anormales son más numerosos que los individuos sanos. Alcoholismo, histeria, imbecilidad congénita, demencia, perversiones sexuales son las taras más corrientes que nos presenta el árbol genealógico de la familia. Nada extraño, por lo tanto, que la crítica sólo haya visto o haya querido ver en la novela naturalista la pintura de las taras sociales o de los individuos aquejados de esas taras. En última instancia, algunos destructores del naturalismo no han vacilado en asimilar la pintura verista de las enfermedades o de las afecciones psíquicas o fisiológicas a unos cuadros y un lenguaje crudos y atrevidos, o incluso pornográficos y obscenos, y han pretendido que Zola y el naturalismo habían erigido la indecencia y la inmoralidad en sistema. En suma, la crítica contemporánea y la posteridad no han guardado en la memoria más que los excesos del naturalismo o, por lo menos, sus consecuencias más vistosas. Juicio injusto en la medida en que, amén de sus cualidades intrínsecamente literarias —el naturalismo es a la literatura lo que el impresionismo a la pintura—, el movimiento viene estrechamente aso-

---

3 *La novela experimental*. París: Garnier-Flammarion (reed. 1971, p. 62-65) (la traducción es nuestra).

ciado a su época de la que refleja la realidad viva, en la medida también en que prolonga en su abundancia y variedad el pujante desarrollo de las ciencias y de la industria.

La influencia del movimiento, sin embargo, sobrepasa considerablemente el alcance de las críticas que le fueron dirigidas, y Cambaceres no pudo menos que recibir su impacto en la Argentina y, sobre todo, en la misma Francia a lo largo de los cuatro viajes que emprendió a Europa entre 1871 y 1889. Ya en los seis años que precedieron a su primera estancia en París, varias obras maestras realistas o prenatalistas habían llamado la atención. En 1865 salía *Germinia Lacerteux*, de los hermanos Goncourt, en 1867 y 1868 *Teresa Raquin* y *Magdalena Ferat*, de Zola, en 1869 *La educación sentimental*, de Flaubert. Y en el momento en que el futuro escritor argentino desembarcaba en Francia en 1871, Zola empezaba la serie de los *Rougon-Macquart* con la publicación de *La fortuna de los Rougon*. En total, durante los dieciocho años que coinciden con las idas y venidas de Cambaceres a Francia y a Europa, al ritmo aproximado de una novela por año, Zola había tenido tiempo de publicar los dieciséis primeros volúmenes de la serie, varias adaptaciones teatrales de sus novelas y —entre 1879 y 1881, precisamente— todos sus libros polémicos de teoría y crítica literarias: *La novela experimental*, *El naturalismo en el teatro*, *La República y la literatura*, etcétera.

Entre 1874 y 1888, Alfonso Daudet producía, por su parte, sus ocho grandes novelas —entre las cuales se destacan *El Nabab* (1877), *Numa Roumestan* (1881) y *Sapho* (1884)—, mientras Flaubert escribía *La tentación de San Antonio* (1874), *Tres cuentos* (1877), *Bouvard y Pecuchet* (póstumo, 1881) y Edmond de Goncourt publicaba *La ramera Elisa* (1877). Es decir, que durante los dieciocho años en que Cambaceres residió, en repetidas ocasiones, en Europa, y especialmente durante los seis años en que se lanzó a la empresa literaria, Francia vivía a la hora del realismo y del naturalismo.

El naturalismo, además, estaba conectado directamente con la sociedad contemporánea o inmediatamente anterior que su técnica narrativa le permitía reflejar eficazmente. Los cambios profundos que se realizan bajo el Imperio y bajo la República o con motivo del tránsito de un tipo de sociedad a otro, las transformaciones sin precedentes que sufre la sociedad francesa en el plano social, económico, financiero, técnico, urbanístico, la misma lucha de clases, vienen evocados por Zola a lo largo de su obra. Se repercutirán forzosamente, *mutatis mutandis*, en la pintura que nos ofrecerá Cambaceres de las transformaciones que sufrirá la Argentina unos años después.

Sea lo que fuera, el positivismo que invocaba Zola —y que Cambaceres exaltaba implícitamente en su discurso de 1871— reinaba por completo desde 1860. Asociado a los descubrimientos de la ciencia y a los adelantos de la nueva tecnología al servicio del hombre, persuadido de que la República era portadora del progreso indefinido, parecía representar para todos sus adoradores

## 8. BIBLIOGRAFÍA SELECTA<sup>11</sup>

### 8.1. NARRATIVA: PRIMERAS EDICIONES

*Potpourri - Silbidos de un vago*. 1ª y 2ª edición, sin nombre de autor. Buenos Aires, Biedma, 1882, 409 p., in-8.

*Potpourri - Silbidos de un vago*. 3ª y 4ª edición, sin nombre de autor [precedida de] «Dos palabras del autor». París, Denné, 1883, 337 p., in-8.

*Música sentimental - Silbidos de un vago*. 1ª y 2ª edición, sin nombre de autor. París, Denné, 1884, 306 p., in-8.

*Sin rumbo* (estudio). 1ª y 2ª edición. Buenos Aires, Félix Lajouane, 1885, 295 p., in-8.

*Sin rumbo* (estudio). 3ª y 4ª edición. Buenos Aires, Félix Lajouane, 1885, 295 p., in-8.

*En la sangre*. Primera publicación en el folletín literario de *Sud-América*, del 12 de setiembre al 14 de octubre de 1887.

*En la sangre*. 1ª edición. Buenos Aires, Imprenta de *Sud-América*, 1887, 290 p., in-8.

### 8.2. NARRATIVA: REEDICIONES

#### 8.2.1. *Potpourri - silbidos de un vago*

Buenos Aires, Minerva, 1924, 235 p.

Precedido de «Dos palabras del autor». Buenos Aires, Joyas Literarias, 1927, 207 p.

Precedido de «Dos palabras del autor». Buenos Aires, Beybe, 1945, 230 p.

---

11 El lector encontrará una bibliografía mucho más amplia en nuestro ensayo *La obra política y literaria de Eugenio Cambaceres...*



### 8.2.2. *Música sentimental - silbidos de un vago*

- Buenos Aires, Minerva, 1924, 208 p. Prólogo de Arturo Giménez Pastor, p. 5-25.  
 Buenos Aires, Beybe, 1945, 192 p. Prólogo de J. B., p. 7-9.  
 Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, [1999], 160 p. Prólogo de Osvaldo Gallone.  
 Buenos Aires, Stockcero, 2005, 120 p.

### 8.2.1. y 8.2.2. *Potpourri / Música Sentimental*

- Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, 342 p.

### 8.2.3. *Sin rumbo*

- Buenos Aires, Joyas Literarias, 1922, 128 p., Prefacio.  
 Buenos Aires, Minerva, 1924, 166 p. Prólogo de Ricardo Rojas, p. V.-X.  
 Buenos Aires, Beybe, 1944, 158 p. Advertencia al lector y prólogo de J. B., p. 6-10.  
 Buenos Aires, Jackson, 1944 y 1947, 222 p. Prólogo de Roberto F. Giusti (p. XI-XXIII) y apéndice de Martín García Mérou (p. 207-220).  
 Buenos Aires, Estrada, 1949 y 1971, 187 p. Estudio preliminar y notas de Carlos Alberto Leumann, p. VII-XXIII.  
 Buenos Aires, Huemul, 1966 y 1980, 191 p. Introducción, notas y vocabulario de Isabel Santacatalina.  
 Buenos Aires, Plus Ultra, 1968 y 1980, 205 p. Introducción y notas de Teresita Frugoni de Fritzsche, p. 9-47.  
 Madrid, Anaya, 1971, 208 p. Introducción y bibliografía por María Luisa Bastos.  
 Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, 172 p. Estudio preliminar y edición crítica de Rita Gnutzmann, p. 9-42.  
 Madrid, Cátedra, 1999 y 2005, 235 p. Edición de Claude Cymerman. Estudio preliminar, p. 9-71.  
 Buenos Aires, Stockcero, 2005, 136 p., Notas y comentarios de Juan Pablo Spicer-Escalante.

#### 8.2.4. *En la sangre*

- Buenos Aires, Joyas Literarias, 1922.  
 Buenos Aires, Minerva, 1924, 177 p.  
 Buenos Aires, Plus Ultra, 1968, 247 p. Introducción y notas de Teresita Frugoni de Fritzsche, p. 9-47.  
 Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1980 y 1995, 175 p., Introducción, notas y propuestas de trabajo por Noemí Susana García y Jorge Panesi, p. 7-48.  
 Madrid, Editora Nacional, 1984, 249 p. Edición de Claude L. Cymerman. Estudio preliminar, p. 15-71. Cuenta con un prólogo de Antonio Lorente Medina.  
 Buenos Aires, Stockcero, 2006, 156 p., Notas y comentarios de María Eugenia Murovic.

#### 8.2.5. OBRAS COMPLETAS

- Santa Fe, Castellví, 1956, 265 p. Observaciones y notas por Eduardo M. Suárez Danero, p. 7-11; Nueva edición, 1968, 489 p.

#### 8.3. ESCRITOS VARIOS

- Utilidad, valor y precio* (tesis para la obtención del grado de doctor en jurisprudencia, defendida en la Universidad de Buenos Aires). Buenos Aires, Imprenta Buenos Aires, 1869, 19 p.
- Separación de la Iglesia y del Estado*. Discurso pronunciado en la Convención de la Provincia de Buenos Aires para la reforma de su Constitución, el 18 de julio de 1871. *Debates de la Convención Reformadora de la Constitución*, Buenos Aires: Imprenta de la Tribuna, 1877.
- Discurso para la anulación de las elecciones de febrero de 1874*, pronunciado el 20 de julio del mismo año. *Diario de sesiones de la cámara de diputados de la Nación* (Congreso Nacional). Buenos Aires: Imprenta El Nacional, 1874 y siguientes.
- Correspondencia con Miguel Cané y Martín García Mérou, reunida por Claude Cymerman en Eugenio Cambaceres por él mismo: cinco cartas inéditas del autor de Potpourri*, 20 p., Buenos Aires, Univ. de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina «Ricardo Rojas», 1971.

## 8.4. TRADUCCIONES

*Whistlings of an Idler (Silbidos de un vago)*, trad. por Lisa Dillman, con una introducción y notas de Josefina Ludmer, Oxford University Press, 2003, xxxix+144 p.

## 8.5. IMITACIONES DE LA OBRA CAMBACERIANA:

RASCAME-BEC [anagrama de Cambaceres, seudónimo presumiblemente atribuible al poeta español Suarez Orozco]. *Música celestial*. 193 p., in-8., París, José Jola, 1885, 193 p.

## 8.6. ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE EUGENIO CAMBACERES, EL NATURALISMO ARGENTINO Y LA GENERACIÓN DEL 80

APTER CRAGNOLINO, AIDA, *Naturalism in the Argentine Novel*, The Ohio State Univ., 1986.

AVELLANEDA, ANDRÉS, «El naturalismo y E. Cambaceres», in *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980-1986, t. 2, p. 145-159.

BARBOSA DE CASTRO, Percio Jr., *De la Península hacia Latinoamérica: El naturalismo social en Emilia Pardo Bazán, Eugenio Cambaceres y Aluisio de Azevedo*, New York, Peter Lang, 1993.

BASTOS, MARÍA LUISA, «Cambaceres o Falacias y revelaciones de la ilusión naturalista», in *Relecturas: Estudios de textos hispanoamericanos*, Buenos Aires, Hachette, 1989, p. 27-40.

BAZÁN-FIGUERAS, PATRICIA, *Eugenio Cambaceres, precursor de la novela argentina contemporánea*, New York, Peter Lang, 1994, 215 p.

BIAGINI, HUGO E., *La generación del ochenta*, Buenos Aires, Losada, 1995, 173 p.

BLASI, ALBERTO OSCAR, *Los fundadores: Cambaceres, Martel, Sicardi*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, 117 p.

BURGOS, FERNANDO, *La novela moderna hispanoamericana*. Madrid, Orígenes, 1985.

CARSUZAN, MARÍA EMMA, *La creación en la prosa de España e Hispanoamérica*, Buenos Aires, ed. Raigal, 1955, 174 p., p. 181-184: «El verismo lingüístico de Cambaceres».

CYMERMAN, CLAUDE, *Diez estudios cambacerianos*, con un prólogo de Paul Verdevoye, Rouen, Publications de l'Université de Rouen, 1993, n° 187 (recopilación de artículos publicados de 1969 a 1992), 165 p.

- \_\_\_\_\_, *La obra política y literaria de Eugenio Cambaceres (1843-1889): del progresismo al conservadurismo*, con un prólogo de María Rosa Lojo, Buenos Aires, Corregidor, 2007, XXIV + 854 p.
- DAIREAUX, EMILE, *La vie et les mœurs à la Plata*, Buenos Aires, Lajouane, 1888; 2 vol., 428 y 471 p.
- FISHBURN, EVELYN, *The Portrayal of Immigration in Nineteenth Century Argentine Fiction (1845-1902)*, Berlin, Colloquium Verlag, 1981, 259 p.
- FRUGONI DE FRITZSCHE, TERESITA, *El naturalismo en Buenos Aires*, una antología precedida de una selección, un prólogo y notas, 94 p., Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina «Ricardo Rojas», 1966.
- GARCÍA MÉROU, MARTÍN, «Las novelas de Cambaceres», in *Libros y autores*, Buenos Aires, Lajouane, 1886, p. 71-90.
- GIUSTI, ROBERTO T., «Un novelista porteño: Eugenio Cambaceres», in *Siglos, escuelas, autores*, Buenos Aires, Ed. Problemas, 1946, p. 321-328.
- GNUTZMANN, RITA, *La novela naturalista en Argentina (1880-1900)*, Amsterdam, Atlanta, 1998.
- GONZALEZ, SANTIAGO, LEMOS, HORTENSIA; Posadas, Abel; Rivarola, Nannina, Y Spereni, Marta, *El 80*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1968-1969 (2 tomos).
- GONZÁLEZ-SCAVINO, MARÍA CECILIA, *Un Naturalisme hybride: recherche sur l'œuvre romanesque d'Eugenio Cambaceres*, Bordeaux, Université Michel de Montaigne, 1999 (Tesis doctoral mecanografiada), 457 p.
- JITRIK, NOÉ, *El 80 y su mundo*. Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968.
- KIDDIE, THOMAS JAMES, JR., *Eros and Ataraxy: A Study of Love and Pleasure in the Fiction of Zola, Cambaceres and Fontane*, Ann Arbor, Dissertations Abstracts International, 1988 Jan., 48 (7).
- LAERA, ALEJANDRA, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, 342 p.
- LICHTBLAU, MYRON I., *The Argentine novel in the nineteenth century*, New York, Hispanic Institute in the United States, 1959, p. 163-173.
- LUDMER, JOSEFINA, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999, 509 p. (cap. «De la transgresión al delito», p. 23-140).
- MEYER-MINNEMANN, KLAUS, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997 (cap. «Eugenio Cambaceres, Sin rumbo», p. 158-195).
- NOUZEILLES, GABRIELA, *Ficciones somáticas: naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina, 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

- ONEGA, GLADYS, *La inmigración en la literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969, 222 p. (cap. «Los naturalistas: Cambaceres», p. 85-108).
- PÉREZ, ALBERTO JULIÁN, *Los dilemas políticos de la cultura letrada*, Buenos Aires, Corregidor, 2002, 318 p. (el capítulo 8º viene dedicado a *Sin rumbo*, p. 239-262).
- PERIS LLORCA, JESÚS, *Gauchos en el mundo del 80: Leyendo a Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2004, 213 p.
- RAMIREZ, OSCAR MICHAEL, *La trayectoria narrativa de Eugenio Cambaceres*, Dissertations Abstracts International 1984, 45 (6), Ann Arbor, University Microfilms International, 1988, 626 p.
- ROJAS, RICARDO, «Eugenio Cambaceres», in *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1964, t. 8, «Los Modernos», p. 391-397.
- RUSICH, LUCIANO G., «Eugenio Cambaceres», in *El inmigrante italiano en la novela argentina del 80*, Madrid, Plaza Mayor, 1974, p. 93-109.
- SALESSI, JORGE H., *La intuición del rumbo: El andrógino y su sexualidad en la narrativa de Eugenio Cambaceres*, Dissertations Abstracts International, 1990 Aug., 51 (2-B), Yale University.
- SOLARI, JUAN ANTONIO, «Eugenio Cambaceres», in *Generaciones laicas argentinas*. Buenos Aires, Bases, 1964, p. 193-212.
- SPICER-ESCALANTE, JUAN PABLO, *Visiones patológicas nacionales: Lucio Vicente López, Eugenio Cambaceres y Julián Martel ante la distopía argentina finisecular*, Gaithersburg, Hispamérica, 2006, 152 p.
- TCACHUK, ALEXANDRA, *Eugenio Cambaceres: vida y obra*, Dissertations Abstracts, 1976, 37 (7), Ann Arbor, University Microfilms International, 1979, 233 p.
- VIÑAS, DAVID, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1964.
- WILLIAMS ALZAGA, ENRIQUE, *La Pampa en la literatura argentina*, Buenos Aires, Estrada, 1955, cap. V, III, p. 149-158.

#### 8.7. DICCIONARIOS DE ARGENTINISMOS Y VOCES RIOPLATENSES. DOCUMENTOS SOBRE EL BUENOS AIRES DECIMONÓNICO

- ABAD DE SANTILLAN, DIEGO, *Gran Enciclopedia Argentina* (8 vols.), Buenos Aires, Ediar, 1956-1963.
- , *Diccionario de argentinismos de ayer y de hoy*. Buenos Aires: TEA, 1976.
- CÁNEPA, LUIS. *El Buenos Aires de antaño*. Buenos Aires: Linari, 1936.
- CHUCHUY, CLAUDIO Y HLAVACKA DE BOUZO, LAURA. *Nuevo diccionario de argentinismos*. Santa Fe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.

- CUTOLO, VICENTE OSVALDO, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Elche. Vol. 1: A-B, 1968 ; vol. 2: C-E, 1969.
- Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española (RAE), edición de 1884.
- El pequeño Larousse ilustrado*, Barcelona, Larousse Planeta, 1996.
- GARZÓN, TOBÍAS. *Diccionario argentino*. Barcelona: Elzeviriana de Borrás y Mestres, 1910.
- SEGOVIA, LISANDRO. *Diccionario de argentinismos*. Buenos Aires: Coni, 1911.
- UDAONDO, ENRIQUE, *Diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Institución Mitre, Impr. Coni, 1938, 1151 p.
- WILDE, JOSÉ ANTONIO. *Buenos Aires desde 70 años atrás (1810-1880)*. Buenos Aires, EUDEBA, 1966.

# POTPOURRI

*Silbidos de un vago*

## DOS PALABRAS DEL AUTOR

Cuando un pobre diablo transita pacíficamente por las encrucijadas<sup>1</sup> de la vida con una cantinela en los labios y porque su música suena mal en ciertas orejas enfermas, se ve asaltado de golpe por una turba rabiosa que se le va encima, lo avanza, lo acosa y puja por arrebatarle la bolsa, por robarle esos billetes de banco que se ganan sudando y que se llaman nombre, fama, reputación, ¿qué hace?

Para que no le sacudan a traición, se arrincona por lo pronto, aunque sea en algún ángulo de pared, de los que la indecencia pública suele convertir en meaderos, revolea un garrote justiciero, o, si lo pescan descuidado, a falta de refugio más seguro, arma el paraguas, a guisa de escudo y se acurruca tras de él para cubrirse del manoteo de los grandes y de las uñas de los chicos que, como *cuzcos* en riña de mastines, pretenden alzar la pata y mojar ellos también.

Ese es el caso.

Una mañana me desperté con humor aventurero y, teniendo hasta los tuétanos del sempiterno programa de mi vida: levantarme a las doce, almorzar a la una, errar como bola sin manija por la calle Florida, comer donde me agarrara la hora, echar un *bésigue*<sup>2</sup> en el Club, largarme al teatro, etc., pensé que muy bien podía antojárseme cambiar de rumbos, inventar algo nuevo, lo primero que me cayera a la mano, con tal que sirviera de diversión a este prospecto embestador<sup>3</sup>, ocurriéndoseme entonces una barbaridad como otra cualquiera: contribuir, por mi parte, a enriquecer la literatura nacional.

Para que uno contribuya, por su parte, a enriquecer la literatura nacional, me dije, basta tener pluma, tinta, papel y no saber escribir el español<sup>4</sup>; yo reúno discretamente todos estos requisitos, por consiguiente, nada se opone a que contribuya, por mi parte, a enriquecer la literatura nacional.

---

1 2ª ed. (Denné): *transita pacíficamente las encrucijadas*.

2 Juego de cartas francés que se practica generalmente entre dos jugadores, con dos barajas de treinta y dos cartas.

3 Creación cómica, forjada sobre la voz familiar francesa *embêtant*, o sea, «fastidioso, cargante».

4 Se nota de entrada en Cambaceres, no sólo el humor y la ironía, sino el sentido de la provocación.



Y a ratos perdidos, entre un bostezo a dos carrillos y un tarro de *caporal*<sup>5</sup> llegué a fabricar el atajo de vaciedades que Vds. saben y que tal polvareda ha levantado, tanto alboroto y tanta grita contra una humanidad de tercer plano: el autor.

Francamente, *le jeu n'en valait pas la chandelle*<sup>6</sup>.

Pero como, así como así, me han *caído* espantosamente y como cuando a uno le *caen* el derecho de pataleo es libre, según decimos en criollo, aguán-tenme ahora dos palabras por vía, no de enmienda, sino de explicación.

No quiero justificarme porque entiendo no haber delinquido.

Aclaro y nada más.

Mis tipos del capítulo segundo son fantásticos.

He estado a dos mil leguas de pretender vestir con semejante ropaje a don Fulano o a doña Zutana, personajes de carne y hueso.

Son entidades que existen o pueden existir, así en Buenos Aires como en Francia, la Cochinchina<sup>7</sup> o los infiernos y que me he permitido ofrecer a Vds. en espectáculo, sacar en cueros al proscenio, porque pienso con los sectarios de la escuela realista que la exhibición sencilla de las lacras que corrompen el organismo social es el reactivo más enérgico que contra ellas puede emplearse.

¿Digo lo mismo de mis ejemplares del Club del Progreso<sup>8</sup>?

No; aquí he seguido el procedimiento de los industriales en daguerreotipo y fotografía; he copiado del natural, usando de mi perfecto derecho.

¿Desde Aristófanes<sup>9</sup> que no encontrando quien quisiera hacerse cargo del papel de Sócrates<sup>10</sup> arrastrado por él a las tablas sin ni siquiera tomarse el trabajo de cambiarle nombre, lo representaba él mismo; desde Shakespeare<sup>11</sup> que atrapó a su Falstaff relleno de sibaritismo al volver de una esquina y se lo sirvió así no más al público; desde Racine<sup>12</sup> que ahorcó a Louvois<sup>13</sup> en la cabeza de Aman, y Molière<sup>14</sup> que ayudaba a M. de Montespan a sobrellevar

5 Tabaco francés común.

6 Dicho francés: «La cosa no valía la pena».

7 Región sur del actual Vietnam (capital Hó Chi Minh, ex Saigón).

8 Era éste el club más elegante y más selecto de Buenos Aires. En una óptica claramente positivista, tenía por principal objetivo «mancomunar los esfuerzos de todos hacia el progreso moral y material del país». Cambaceres llegó a ser secretario del Club desde abril de 1870 hasta julio de 1871, y vicepresidente desde abril de 1873 hasta abril de 1874.

9 Comediógrafo y satírico griego (¿445-386? a. J.C.), atacó a Sócrates en *Las nubes* y en *Las avispas*.

10 Filósofo griego (470-399), representante emblemático de la civilización helénica, cuyas teorías llegaron a nosotros gracias a los *Diálogos* de su discípulo Platón.

11 Poeta y dramaturgo inglés (1564-1616), figura cumbre de las letras universales. En *Enrique IV* y en *Las alegres comadres de Windsor*, satirizó a Falstaff —un militar, político y diplomático inglés—, presentándolo como un libertino truculento, epicúreo y cobarde.

12 Dramaturgo francés (1639-1699) que, inspirándose en la antigüedad grecolatina, produjo admirables tragedias que exploraban los más recónditos aspectos del alma y de las pasiones humanas.

13 Político francés, ministro de Luis XIV, que Racine representó en *Esther*.

14 Jean-Baptiste Poquelin, llamado Molière, dramaturgo francés (1622-1673), creó y dirigió numerosas comedias entre las cuales se destacan *Tartufo*, *Don Juan*, *El misántropo*, *El avaro*, etc.

con paciencia su triste suerte de cornudo, afirmándole en Amphitruon que un *partage*<sup>15</sup> con Júpiter<sup>16</sup> no tiene nada que deshonre, hasta Balzac que decía que era cosa de locos andarse por los tejados, y Gautier<sup>17</sup> que hizo de Jorge Sand<sup>18</sup> una Camila Maupin<sup>19</sup>, y, últimamente, Zola que en *Su Excelencia Rougon*, ha puesto las peras a cuarto a su Excelencia Rouher<sup>20</sup>, qué otra cosa han hecho los maestros del oficio que desollar al prójimo desde que el mundo es mundo? ¿De cuándo acá se ha ocurrido a nadie que sabe donde tiene las narices, vestir a Talía<sup>21</sup> y a sus hermanas, criaturas desfachatadas si las hay, de señoritas tartufas<sup>22</sup>, fruncidas y melindrosas?

Seamos francos, entonces y dejémonos de aspavientos hipócritas y ridículos, que lo que lo hace *crier au scandale*<sup>23</sup>, poniendo el grito en el cielo, es el b-a-ba del arte en todas partes donde se cuecen habas y muy particularmente entre nosotros, donde vivimos hartos de ver que el primer cualquiera le sale a uno al encuentro porque sí, lo agarra a brazo partido y lo pone patas arriba en el concepto público.

Prosigo.

Decía, pues, que había tenido los bultos por delante, sólo que, operando en carnaval, en que todo se cambia y se deforma, probablemente se deformaron también las lentes de mi maquinaria, saliendo los negativos algo alterados de forma y un tanto cargados de sombra.

Lo de las bolas de vidrio que ponen en los jardines: se mira en ellas un lindo y se refleja un feo.

*¿A qui la faute?*<sup>24</sup>

Nadie la tiene; ni el fabricante, ni el lindo, ni la bola.

*Vis interna verum.*<sup>25</sup>

También, ¿qué más era de esperarse en circunstancias en que todo anda revuelto, cuando las mujeres se hacen hombres, los viejos muchachos, locos los cuerdos y la noche día?

Claro está; el negocio tenía que salir torcido.

Consecuencia: alguno de mis sujetos, según dicen, echa espuma contra mí.

15 El hecho de compartir con otro.

16 Júpiter representa aquí a Luis XIV, «el Rey Sol», de quien Madame de Montespan fue la favorita desde 1667 hasta 1675 y con el que tuvo ocho hijos.

17 Teófilo Gautier, escritor romántico francés (1811-1872), autor de *El capitán Fracasse*, *La señorita de Maupin*, etc.

18 Aurora Dupin, llamada George Sand, escritora francesa (1804-1876), autora de novelas sentimentales, sociales y campestres (*El pantano del diablo*).

19 En *La señorita de Maupin*.

20 Eugène Rouher, político francés, diputado republicano y luego ministro de Napoleón III.

21 Musa de la comedia.

22 Femenino formado sobre *Tartufo*, sinónimo de «hipócrita», conforme al protagonista emblemático de la comedia epónima de Molière.

23 Escandalizarse públicamente.

24 «¿De quién es la culpa?»

25 «Fuerza interna de la realidad».

Desconfiando que no careciera de razón y que bien podía haberse me ido la mano (¡así suceden las desgracias!) he repasado después y vuelto a repasar esas páginas, no como el que las escribe o se ve escrito en ellas, sino como el que las lee de afuera, sin ánimo preconcebido y sin pasión.

Bien, pues, quiero que las siete plagas me tullan si he encontrado allí la más remota sombra, siquiera, de ataque a la dignidad privada.

O soy muy bruto yo, o muy fatuos los otros.

Pueden haber sufrido la vanidad y el amor propio; la reputación, jamás.

Pero, decididamente, debo andar muy en la mala, porque cuando no es por mangas es por faldas, cuando no es uno, son muchos y *seul contre* muchos, ¿*que voulez-vous* que haga?<sup>26</sup>

Según también ha llegado a mi noticia, una parte, sobre todo la parte femenina del respetable público, ha visto en las hojas de mi libro los insultos más soeces, las ofensas más sangrientas lanzadas brutalmente a la faz de la sociedad.

Tras de cada frase, de cada palabra, de cada coma y aun tras de los márgenes y blancos, en vez de la alegre silbatina de un *flâneur*<sup>27</sup>, han oído, *horresco referens*<sup>28</sup> zumban los dardos envenenados que, hijo desnaturalizado y perverso he hundido con mano parricida en las entrañas de nuestra madre común.

Delicioso, palabra de honor, ¡delicioso!

El que esto ha escrito, dijo alguien que, de fijo, resollaba por la herida, no puede ser sino un corrompido que no cree ni en las cosas divinas ni en las humanas, un escéptico, un descreído sin Dios ni ley ni conciencia, un degradado que lleva su audacia hasta el cinismo de pintarse él mismo.

El que esto ha escrito, repitió la tropa de carneros de Panurgo<sup>29</sup>, no puede ser sino un corrompido que no cree ni en las cosas divinas ni en las humanas, un escéptico, un descreído sin Dios ni ley ni conciencia, un degradado que lleva su audacia hasta el cinismo de pintarse él mismo.

*Excusez du peu*<sup>30</sup>.

Es mucha bondad y se les agradece, pero mienten y no necesito encender vela para encontrar la prueba.

Un barato previo: nadie tuvo derecho a suponer en el autor de un libro anónimo, particular modesto *par le fait*<sup>31</sup>, que llevara su petulancia hasta *dra-*

26 «Solo contra muchos, ¿qué quiere usted que haga?» Alusión implícita –y graciosa– a un fragmento del acto II, escena 6, v. 1021, del *Horacio* de Pierre Corneille (*¿Que voulez-vous qu'il fit contre trois?*) que relata la fingida fuga de Horacio ante los tres Curiaicos.

27 El «vago» de los *Silbidos de un vago* (subtítulo de *Potpourri*)

28 *Horresco referens* («Me estremezco al contarlo»): exclamación de Eneas, el príncipe legendario troyano, contando la muerte de Laocoonte (otro héroe troyano, estrangulado junto a sus hijos por dos monstruosas serpientes) en la *Eneida* de Virgilio (II, 204).

29 Los «carneros de Panurgo» designan a los que, movidos por un instinto gregario, copian todo lo que hacen los demás, a imitación de los carneros propiedad del personaje del *Pan-tagruel* de Rabelais que se echaron todos al mar al saltar uno de ellos al agua.

30 «Perdonen el detalle, la menudencia». Expresión irónica y antifrástica.

31 «Por este mismo hecho, por eso mismo».

*gonear* de héroe de la fiesta, gritando a voz en cuello: aquí estoy yo; soy, como quien no dice nada, Rousseau y allá van mis confesiones<sup>32</sup>!

Nadie tuvo tal derecho, lo repito, aunque no fuera sino porque a nadie se lo he dado; pero ya que esos caballeros pretenden lo contrario, hagámosles el gusto y entremos a suponer.

Decimos, pues, suponiendo, que el vago soy yo y no otro como hay muchos para los que también muelen los molinos, que habitan su rincón de sol y que el que escribe caza al vuelo en sus correrías, hace suyo por derecho de conquista, estampa en papel de imprenta y entrega a la circulación porque tal es su oficio o su beneficio, o porque se le da la gana, cuando no tiene otra razón mejor.

Ahora papelito canta.

El que, de viejo se calienta, hasta sentir que lo quema la sangre porque ve que la maldad se ensaña, no contra su madre, su mujer, su hermana, su amigo, ni aun alguno de su parentela, sino contra quien sólo está ligado a él por el vínculo mezquino y ruin de la humanidad.

El que se hinca en el altar de la amistad con ese recogimiento santo que sólo inspira la fe.

El que bajo un guante de fierro, esconde una mano abierta y detrás de un pecho de piedra, un corazón que responde al grito austero del deber.

El que vive el tercer tercio de su vida sin que el mundo con su aliento envenenado haya penetrado en él hasta pudrirlo por dentro, por más que muestre ulcerada la epidermis.

El que así piensa, siente y hace, ese, nada menos, ese, dicen es un mandria, un depravado?

¡Oh! déjense de molerme la paciencia y no me vengan con pavadas, por no decir algo peor.

Ahí tienen al tipo por delante.

Si no le entran, son mochos; si fingen no entrarle, son ruines.

Y en uno y en otro caso, no propongo a esos señores que acepten mis más ardientes felicitaciones.

Pero basta de suposiciones gratuitas; no quiero seguir vistiéndome con las plumas del grajo.

Ni soy el vago, ni para bosquejar la silueta de mis personajes, redondear sus contornos y llegar a darles la última mano, he trabajado solo.

Mal que les pese, todos Vds. han colaborado alcanzándome la pintura.

Sea los colores nobles y delicados, los matices puros que he puesto en Juan y en la índole del carácter del mismo vago, por más que se ceben contra él, sea las tintas negras que me han servido para hacer el bajo-relieve de los vicios y de las miserias sociales.

Toda esta factura, lo repito, sin pararme en individuos, nadie ha *posé*<sup>33</sup> en mi taller, salvo para ciertos tonos serios o humorísticos que he llevado al

---

32 Alusión a la obra autobiográfica *Les Confessions* del escritor de lengua francesa Jean-Jacques Rousseau (1712-1778).

33 «Ha posado, ha servido de modelo».

cuadro, sin estropear al modelo y excepción hecha de una pincelada rojo-fuego<sup>34</sup>, una sola, que ha roto el lienzo porque he tirado, lo confieso, como un chuzaso, de revés, con ganas, amontonando patriotismo y hiel.

Bien sabía, por otra parte, que era peludo el asunto, que más de uno iba a mirarse reproducido en la escena, que el libro iba a darme un buen número de enemigos, amigo, ninguno.

Es que, impunemente, no se hacen trabajos de zapa, no se empuñan el pico o la barreta para minar los cimientos de un edificio, aunque amenace ruina y se trabaje con la cristiana intención de evitar que, viniéndose al suelo de golpe, resulten piernas y brazos quebrados, sin que el dueño se amostace, protestando que atacan su propiedad y violan su domicilio.

Tales son la lógica y la gratitud humanas.

Pero, de veras, nunca me figuré que les diera tan fuerte y que llegaran hasta desgañitarse, vociferando: *à la garde, au voleur, à l'assassin!*<sup>35</sup> en presencia de un prójimo inofensivo, de un musicante infeliz que se presenta en público con el sombrero en la mano, que no dispara de la justicia porque ni es ladrón, ni es asesino y cuyo solo delito consiste en haber escrito una farsa, en haber compuesto un *Potpourri* en que se canta clarito la verdad.

Concluyo.

He querido hacer reír y he hecho rabiar.

Fiasco completo; no era eso lo convenido.

Lo de todos los autores rechiflados: ganas me dan de sacudir el instrumento contra el suelo... y sin embargo... el amor al arte...

¿Reincidiré?

Quien sabe.

---

34 La «pincelada» alude, sin duda alguna, a las personas de Mitre y Tejedor, como lo comprobaremos más adelante.

35 «¡Socorro! ¡Que me roban, que me asesinan!» La cita, sacada del *Avaro* de Molière (III, 7), es exactamente: *Au voleur! Au voleur! À l'assassin! Au meurtrier!*

# POTPOURRI

Vivo de mis rentas y nada tengo que hacer.  
Echo los ojos por matar el tiempo y escribo.

\*

Es decir:  
El que crea encontrar en las páginas de este libro estudios serios, fruto de una labor asidua, debe, desde luego, cerrarlo sin más vuelta.  
No quiero ni puedo hacer nada serio.  
El más pequeño esfuerzo intelectual me postra.  
Vivo por vivir, o mejor: vegeto.  
Perdidas en medio de mis muchos defectos, tengo algunas buenas dotes. Poseo, por ejemplo, un fondo innegable de honradez; por eso es que nada prometo, desde que nada puedo dar.  
Ya saben ustedes, pues, a que atenerse.

\*

Muchas veces he solido preguntarme: ¿para qué diablos hubiera podido yo servir. Cuál es mi vocación. En qué ramo de la actividad humana habríame sido dado descollar?

EN EL TEATRO, son las palabras que fatalmente han asomado a mis labios después de haberme dado vueltas y revueltas, examinado de cerca, estudiado mi tamaño, mis contornos, mis formas, mis diversos matices de color, mi valor intrínseco, en fin, como se hace con cada uno de los pedazos de palo cubiertos de papel pintado que yacen *pêle-mêle*<sup>36</sup> sobre la mesa, y a los que se concluye por dar la única colocación que tienen en la formación de los paisajes o cuadros de los juegos llamados de paciencia.

Sí, señor; he nacido para cómico.

Desde la infancia, me sentí arrastrado fuertemente hacia las tablas.

---

36 «Confusamente, en desorden».

No se me ocurrió jamás seguir el mal ejemplo de los pilluelos de mi época y hacer la rabona a la escuela solo o en pandilla.

Mis rabones eran de otro género.

Compraba los favores del ilustre descendiente de Pelayo, encargado de la puerta de mi casa, mediante el sacrificio de la suma íntegra de un peso moneda corriente que me daba mi madre los domingos y días de fiesta a guisa de propina, y cuando la bendita señora me creía gozando tranquilamente en mi cama el sueño de los inocentes, habíame ya escurrido de entre las sábanas, ganado la calle haciéndome chiquito y salvado, en menos que canta un gallo, la distancia que me separaba del Teatro de la Victoria, a cuyo interior me colaba perdido entre las piernas de un grupo de concurrentes, para escapar así a la vigilancia de los porteros.

Todo me parecía sublime al través de los mugrientos quinqués de aceite de potro que, *soi-disant*<sup>37</sup>, alumbraban la escena.

En mi inconsciente aspiración de niño, hallábame poseído de una admiración que rayaba en culto por el talento dramático del mulato Quijano y las dotes líricas de la señora Merea.

¡Y cuidado que no era mucho exigir!

Esta inclinación al teatro fue acentuándose cada vez más en mí.

Adolescente, estuve varias veces a punto de sacudir el yugo de la patria potestad, dar al traste con la familia y las conveniencias sociales y, campeando por mis respetos, largarme a *hacer carrera* por esos mundos de Dios.

Es que, efectivamente, figúrese una inteligencia clara, sutil, mañosa y diestra en la asimilación de los talentos ajenos, pero seca de producciones propias, simplemente reflectora de la luz de afuera, una inteligencia plagaria, en fin.

Un físico *à l'avenant*<sup>38</sup>, estatura elevada, formas correctas y marcadas, mirada viva, fisonomía movediza y suelta, capaz de un fuerte parecido en la traducción de todos los arranques del alma.

Agréguese a estos diversos elementos de composición, homogéneos, hechos los unos para los otros, una vocación genuina, nutrida por la tendencia más pronunciada a la vida de bohemia y a los placeres que son su base, y se tendrá la tela de todo un cómico.

Ese era yo.

Desgraciadamente, la buena posición social de mi familia y el menosprecio del mundo por el artista de teatro, resabio estúpido de los tiempos en que la máscara del histrión degradaba el ejercicio de la noble carrera del arte, violentaron los impulsos de mi naturaleza, haciéndome renunciar a mi inclinación predilecta.

\*

---

37 «Supuestamente, pretendidamente».

38 «En proporción, en armonía».

Mi excelente madre se empeñaba en hacer de mí un abogado.

Amándola con delirio, no me sentí con fuerzas bastantes a contrariar su voluntad, sagrada para mí, y estudié derecho.

Entendámonos.

Más que vida de estudio, fue la mía, vida de placeres y de holganza.

Mimado por mis padres, con dinero a discreción y el libre arbitrio más absoluto, frecuentaba<sup>39</sup> los salones, teatros y paseos, mientras las Pandectas, las Partidas y los Cánones yacían en lastimoso y polvoriento olvido.

Esto duraba diez meses.

El amor propio, que en mí habría sido una condición si no hubiera degenerado en vanidad lo que es ya un feo defecto, abría entonces un paréntesis en esta serie no interrumpida de goces mundanos, y la vergüenza de una posible reprobación hacía me reaccionar de tal manera que, durante los dos meses restantes, dedicaba ocho y hasta diez horas diarias al estudio, lo que me permitía presentarme a las pruebas finales y salir airoso de ellas.

Pero, ¡ay! ¡lo que así se gana, así se pierde! Dos meses antes del examen no sabía nada, pero dos meses después... tampoco.

La ciencia que había adquirido a vapor para impulsarme en la carrera de la vida, se desvanecía en mi cabeza con la rapidez con que se desvanecen en el espacio las largas espirales del poderoso agente después de haber actuado sobre los tubos caldeados de una locomotora.

Con este *pasivo* de conocimientos, ingresé, por fin, al foro, abrí estudio y ofrecí mis servicios profesionales al respetable público; no por efecto de necesidades pecuniarias a llenar, lo repito, nunca las he sentido, sino como un derivado forzoso y lógico de mi título de competencia.

Me sucedió lo que a los aficionados a la opereta al género de Offenbach y de Lecocq<sup>40</sup>, que son capaces de dormirse parados oyendo la novena sinfonía de Beethoven o un *cuarteto* de Haydn y se creen, sin embargo, comprometidos a asistir a un concierto de música clásica porque han comprado una luneta.

Mientras tanto, pisando un terreno que no era el mío, completamente *dé-paysé*<sup>41</sup>, la fuerza misma de las cosas debía arrojarme fuera de él.

Mi espíritu, como esas aves que necesitan libertad y espacio para poder vivir, se asfixiaba aprisionado en la atmósfera corrompida y sofocante donde se agitan jueces, abogados, escribanos, procuradores y demás curiales.

El simple aspecto de un expediente hacía me apartar la vista con indecible repugnancia; su manipulación llegó a ser tarea superior a mis fuerzas y un invencible sentimiento de disgusto se apoderaba de mí al solo amago de la visita del cliente y, sobre todo, de la clienta, de la mujer pleitista, criatura cargante si las hay, cuyos tremendos solos no me era dado soportar sin una serie de bostezos y los párpados abatidos, llorosos e inyectados de sangre, ex-

39 1ª ed. (Biedma): *recorría los salones*.

40 La opereta es un «género teatral ligero, en el que los fragmentos cantados alternan con los hablados» (*Larousse*), ilustrado por el franco-alemán Jacques Offenbach (1819-1880) y el francés Charles Lecocq (1832-1918).

41 «Desorientado, fuera de lugar».



presión de cretinismo propia del infeliz que ha llegado al apogeo del fastidio.

Con el agua al cuello, un esfuerzo supremo de propia conservación podía sólo salvarme.

Una mañana de invierno fría y gris como el *spleen* que me dominaba, me levanté resuelto a poner fin a mis males con un remedio brutal. Cerré con llave las puertas de mi estudio; pegué sobre ellas el letrero siguiente: Cerrado por causa *d'embêtement*<sup>42</sup>, y procedí, en seguida, a repartir mi clientela entre mis discípulos, más pobres y más famélicos, como se reparte la carne del manso buey en las jaulas de fieras y aves de rapiña de los jardines de aclimatación.

Todo por vía de desfacimiento de agravios y enderezamiento de entuertos<sup>43</sup>, para mayor gloria de Dios y bien de la humanidad.

\*

Devuelto a mí mismo, sin compromisos que me esclavizaran, sin obligaciones que cumplir, dueño absoluto de mi tiempo, entreguéme de lleno a la vida ligera, cuyos fáciles placeres probé hasta la saciedad.

Una transición sencilla de explicar debía entonces operarse en mi.

Sentí el vacío en mi alrededor y avergonzado de la esterilidad de mi vida, busqué un terreno más fecundo donde poder utilizar mis medios y llevar a la obra del bien común mi contingente de trabajo y de sudor.

Hubo una época entre nosotros en que el título de doctor era un salvoconducto, una especie de *passe-partout*<sup>44</sup> que hacía a su propietario, aun cuando se llamara D. Inocencio o D. Pánfilo, el hombre preciso, indispensable para el lleno de todas las altas funciones de la vida.

¿Buscaban Vds. un hombre en política, en las ciencias, en las artes?

Lo encontraban fija e irrevocablemente precedido de la cuarta y de la décima cuarta letra del alfabeto.

Los miembros del gobierno eran doctores, de doctores se componían los parlamentos, las academias científicas y literarias, los clubs políticos y sociales, y cuando sin ellos y, por acaso, llegábase a nombrar una comisión, siquiera fuese con el objeto de hacer producir a la tierra cuatro en lugar de dos, o de propender al mejoramiento de las razas vacunas, caballar o lanar, el público indignado protestaba exclamando:

—¡A quién se le ocurre nombrar una comisión compuesta de una punta de animales: imagínese Vd. que ni un solo doctor figura en ella!

Como si interpretar un texto, acusar una rebeldía, cortar una pierna o administrar a tiempo un vomitivo, encerrara la omnisciencia, fuera la panacea sin la cual las sociedades debieran marchar sin remedio a su desquicio y a su ruina.

Mientras tanto, talentos reales sólidamente preparados, espíritus prácticos

42 Aquí, al contrario del caso de «embestador» (cf. supra), Cambaceres usa la misma palabra francesa cuyo sentido es el de «fastidio, aburrimiento». En la 1ª edición, «Cerrado por causa...» viene traducido al francés: *Fermé pour cause...*

43 Toda la oración es una divertida parodia del estilo y de la lengua de las novelas de caballerías, parodiadas a su vez por Cervantes en el *Quijote*.

44 «Llave maestra».

y sensatos<sup>45</sup> que habrían podido ser de una ayuda eficaz en la administración de los negocios públicos, vegetaban oscurecidos en el olvido.

Para ser algo en esta bendita tierra, era fatal tener patente de embrollón o de matasanos.

Fué así que vimos las aulas de nuestras facultades de medicina y de derecho repletas de jóvenes que, en provecho propio y extraño, habrían podido aplicar sus aptitudes a rama más útil del saber humano.

La Universidad sobre todo, nueva boca del infierno, vomitaba por centenas esa verdadera plaga social de diablos con toga y, a continuar invadiéndonos la producción en razón inversa de las necesidades del mercado, nada extraño hubiera sido que hasta el humildísimo empleo de teniente alcalde del más humilde de los pueblos fronterizos, hubiese sido desempeñado por un doctor.

Por fortuna el sentido público ha experimentado una reacción salvadora y hoy podríamos exclamar con Cervantes, haciendo de su dicho una aplicación al caso: «¡En esto de achaques de títulos y colgajos, lo mismo es nada!»

\*

Tenía, pues, siendo doctor, todas las puertas abiertas, el camino llano y despejado.

Ofrecióse a mi vista el ancho campo de la vida pública en cuyas vías me lancé con ánimo ferviente e inspirado en los más sanos y sinceros propósitos.

Ocupé varios puestos públicos sin haberlos mendigado de quienes me levantaron<sup>46</sup>; sin ser hombre de partido, es decir, sin haber celebrado jamás pacto alguno expreso o tácito, que reatará mi libertad personal, me impusiera el sacrificio de mis convicciones y, a título de consecuencia política, me transformara en instrumento ciego de iniquidades más o menos monstruosas.

La independenciamisma de mi situación hízome creer un momento que me encontraba llamado a cooperar en la limitada esfera de mi valor al bienestar y felicidad de mis semejantes.

Pero ¡ay! cuando en hora menguada, al tocar una de esas cuestiones que queman, en presencia de una de las luchas más ardientes que registren los anales de nuestras miserias políticas, alarmado ante la profunda perversión de los partidos, tenté oponer un dique a ese torrente que amenazaba desbordarse para arrasar en su ímpetu la obra paciente del patriotismo y de los tiempos, cuando presintiendo la tremenda perturbación que iba a conmover hasta los cimientos del edificio social, quise cerrar la entrada del Templo de la Ley a la corrupción que golpeaba sus puertas, la reprobación más unánime fue mi recompensa.

---

45 1ª ed.: *espíritus prácticos y sentados*. Es ésta una muestra ejemplar de las numerosas barbaridades que «el caballero Biedma» introdujo en el texto cambaceriano.

46 1ª ed.: *sin haberlos mendigado del núcleo que me levantó*.

47 Representan las dos facciones alemanas e italianas que, en la Edad Media, luchaban por la sucesión del trono imperial. Mientras los Gibelinos defendían la supremacía del Imperio sobre el Papado, los Güelfos militaban en el bando del papa. Hoy la expresión viene a designar dos bandos irreconciliables que luchan enconadamente entre sí.

¡Güelfos y Gibelinos<sup>47</sup> descargaron sobre mí sus formidables iras, y el pueblo soberano que me escuchaba me pegó la más espantosa silbatina que haya resonado jamás en teatro alguno del mundo!

¡Y, sin embargo, sabe Dios que mi único objetivo era la felicidad de mi país, mi conciencia, el único norte para alcanzarla!

Uno de los bandos, en su sublime amor por la patria, no trepidaba en apelar a los más ruines manejos, en echar mano del fraude, de la violencia, del cohecho, para disputar el triunfo a sus contrarios: «¡quebrados fraudulentos, vendidos el extranjero, eternos pitancistas del Erario, sanguijuelas de la sangre del pueblo!»

El otro, en su fervoroso patriotismo, esgrimía las mismas armas a la luz del sol, con tal de dar en tierra con su adversario: «¡canalla vil, reclutada en la hez de la sociedad!»

¡Unos y otros llevaban su santa abnegación por el bien público hasta consumir<sup>48</sup> la vergüenza de su propia degradación, hasta el sacrificio de la honra, de eso que en mi insensata candidez de joven, creí que el hombre debía esforzarse por salvar intacto, ante todo y por sobre todo, para transmitirlo a sus hijos, como la más preciosa de las herencias!

¡Cuánta generosidad, cuánta grandeza, cuán noble ejemplo de valor cívico para las generaciones venideras!

¡Ay de mí! fuerza era reconocerlo: no me hallaba, ni con mucho, al nivel moral de los *leaders* políticos de mi época!

¡Tengo la cobardía de confesarlo: no se anidaba en mi pecho coraje bastante a militar en las filas de tan esforzados campeones!

Me sentí pigmeo en lucha de gigantes.

Una ilusión menos, un desengaño más.

¡El acceso de la Tribuna y del Capitolio, como las puertas del foro, quedaban para siempre cerradas a mi paso!

Decididamente, no hacía carrera.

\*

Postrado hasta la humillación, con la conciencia más completa de mi inutilidad, ¿a dónde dirigir los ojos? ¿qué nuevo esfuerzo érame dado intentar aún?

¿Podía, acaso, volverme atrás y, mal abogado y peor político, hacer de mí un ingeniero, un literato, un militar o un médico o un fraile o un estanciero siquiera, para escribir yo también, como el señor Lima, algún tratado de ganadería práctica?

Vana tarea; todo en la vida tiene su época y viejo estaba Pedro para cabrero.

Hubiera sido exponerme a que me sucediera lo del pintor aquel que, queriendo hacer un caballo, hizo algo que, más que caballo, parecía mulo, por lo que, descontento de su obra, pasóle una raya de carbón para empezar de nuevo, consiguiendo al fin pintar un burro.

No hay vuelta que darle por más que chille el amor propio: soy un hombre completamente *raté*<sup>49</sup>.

\*

*Chassez le naturel, il revient au galop.*<sup>50</sup>

¡Ah! ¡el teatro, el teatro!

¡Cátedra universal a cuyas puertas se agolpan las masas y en cuyo recinto, sin sospecharlo siquiera, se instruyen, crecen, se elevan, se transforman y convierten al calor que difunde el fuego inextinguible del arte, abriendo los misterios del alma a las nociones eternas de lo noble y de lo bueno!

¡Verdadera cátedra de regeneración popular, qué gloria mayor para el ambicioso que aspira a las alturas que dominarte como dueño y absoluto señor!

¡Ah! el teatro, el teatro!

¡Cuántas veces, replegado en mí mismo, he acariciado el sueño dorado de toda mi vida!

Trasportábame con la imaginación, esa loca que no descansa, al suntuoso recinto inundado de luz y de cabezas humanas.

Encarnaba una de las creaciones sublimes de Shakespeare.

Una chispa de fuego eterno brillaba en mi frente.

¡Bajo el hechizo de mi palabra, el malo se hacía bueno, el bueno se hacía mejor, y éste y aquél y muchos y todos, la multitud entera subyugada, pendía de mis labios, luchaba con mi coraje, brillaba con mis glorias, lloraba con mis lágrimas, sufría con mi dolor y, arrastrada por la fuerza de mi genio, salvaba la valla que nos separaba y venía a mí, a vivir de vida real el ideal que yo creaba!

¡Es la visión de lo bello que el artista revela a los ojos de la muchedumbre, viva, nítida, deslumbrante, que arrebató y conmueve, que se impone con la fuerza de los hechos<sup>51</sup> y penetra hasta herir las fibras más delicadas del corazón!

¡Si así no fuera, no se levantarían de mil pechos a la vez un grito gigantesco para aclamarla!

¡Influencia irresistible de la verdad!

¡Mágico encanto del arte!

¡Triunfo incomparable de su sacerdocio!

\*

---

49 «Fracasado, chingado».

50 Sentido equivalente al de «Genio y figura hasta la sepultura».

51 1ª ed.: *la fuerza de la evidencia*.

Pero, ¿qué otra cosa es el mundo que un teatro inmenso, con sus primeras partes, de *cartello*<sup>52</sup> las unas, buenas, mediocres o malas las otras, sus compri-marios, bailarines, coristas, comparsas, corifeos y demás canalla?

¡Qué más la sociedad que un vasto escenario donde se representan sin cesar millones de farsas, a veces sangrientas, grotescas y ridículas casi siempre!

La diferencia entre uno y otro consiste en que el teatro ficticio, aquél cuya entrada se compra con un billete de banco y con ella el derecho de aplaudir o silbar al saltimbanco, al histrión cubierto de oropel, pero capaz, acaso, de dar tres rayas a su juez en achaques de honradez y dignidad, es lo que debe ser, mientras que el teatro real, en el que el vulgo actúa confundido, es lo que es.

Si un plan moral más o menos severo no responde a las reglas prescritas, la pieza se silba en el primero.

La ausencia de toda moralidad se diría requisito exigido en el segundo para alcanzar los favores del público.

En aquél, el éxito se mide por el mérito.

En éste, el mérito depende del éxito.

El desgraciado que escolla recibe del público indignado la más furiosa rechifla.

El bribón que medra arranca del público entusiasmado frenéticos aplausos.

*Il s'agit de réussir: tout est là*<sup>53</sup>. Y, por mi parte, entre el teatro de Corneille<sup>54</sup> y el de Napoleón, digo que me quedo decididamente con el de Corneille.

Den vuelta la hoja y oirán, en pro y abono de mi dicho, una colección de melodías arregladas para pito, un *potpourri* de chiflidos sacados de oído y a *capriccio*, pero sin *floriture* ni variantes, de la música colosal del mundo.

---

52 Del italiano *di cartello*: «exitosas».

53 «Lo único que vale, es triunfar».

54 Dramaturgo francés (1606-1684), considerado como el fundador del teatro clásico francés. Es autor de famosas tragedias relacionadas con la historia española (*El Cid*) o romana (*Horacio*, *Cinna*) o aún romana y religiosa (*Polyeucte*). Sus héroes van movidos todos por un afán de honor y de gloria, a la vez que por sentimientos nobles que les permite triunfar de un destino aciago.

## I

—¿Qué te parece mi novia?—me preguntaba Juan rascando un fósforo para encender un cigarro, al salir a las doce de la noche, víspera de su casamiento, de casa de su futura donde acababa de presentarme oficialmente como a uno de sus mejores amigos.

—Muy bonita, le contesté.

—¡Y si vieras qué buena! agregó tomándome del brazo y prosiguiendo ambos nuestro camino. ¡Cuánto me quiere la pobrecita!

Si, como dicen, el matrimonio es una lotería, puedo asegurarte que me he sacado la grande.

Casándome con una mujercita como María, tengo noventa y nueve probabilidades contra una de ser el más feliz de los hombres.

—Sí, ¿eh? está muy bueno, repuse tranquilamente.

—¿Cómo es eso de está muy bueno? ¡Con qué flema y con qué cachaza me contesta su excelencia!

¿Acaso no piensas como yo?

—Sí, mi querido amigo, creo como tú que tu novia es una preciosa criatura, buena, amorosa, que te quiere como es susceptible de querer una mujer de diez y siete años a un hombre joven y buen mozo: con toda la fuerza de la pasión; que no piensa sino en ti; que no sueña sino en hacer la felicidad de tu vida; que se halla animada de los sentimientos más puros, que tu nombre y tu fortuna no han influido para maldita la cosa en ella cuando ha jurado ser tuya y que llegaría hasta creerse la criatura más dichosa si le propusieran pasar el resto de su vida en un rancho comiendo puchero de carnero con fariña y galleta, siempre que tú comieras la mitad.

Ya ves hasta qué punto admito que tu futura encarna para ti un conjunto de perfecciones, pero...

—¡Ah! ¿hay un pero?

—Un momento... Sabes que no se me ha ocurrido nunca casarme. Más, que he huido siempre de la tentación como un griego de un inglés o un gato

del agua fría: cuestión de temperamento; pero sabes también que acepto, que justifico el matrimonio como una necesidad social y soy el primero en batir palmas cuando los otros se casan.

Permíteme no obstante que, tratándose de ti y dado el cariño que te profeso, yo, que no estoy enamorado, no participe de tu entusiasmo, no arremeta la cuestión *à l'emporte pièce*<sup>55</sup>, ni trate de tomar el porvenir a la bayoneta.

El hombre que se casa se embarca, y el que se embarca peligrá, agregué en tono sentencioso.

—Sí, pero el que no se embarca no atraviesa el mar.

—Mejor es no atravesarlo, que ahogarse en él.

—Eso no pasa de ser un detestable lugar común.

Eres un cobarde, un visionario y un descreído.

—No; soy un hombre prudente, y nada más.

—Supongo que tu prudencia no llegará hasta abandonarme cobardemente en la hora suprema del peligro y que aceptarás gustoso la complicidad del atentado, honrando mi boda con tu presencia.

—Te ayudaré a bien morir, haciendo los más fervientes votos por que todas las bendiciones del cielo se derramen sobre tu cabeza.

Habíamos llegado a la esquina de mi casa.

—Hasta mañana, entonces, me dijo Juan dándome un fuerte apretón de manos.

—Hasta mañana, mi querido Juan.

Pobre muchacho, pensé; el pasado es suyo, el presente de su novia, ¿de quién será su porvenir, de Dios o del diablo?

---

55 «De manera terminante».

## II

**M**etido el cuerpo en un frac y el cuello en una corbata blanca, es decir, aprisionado en el chaleco de fuerza con que la sociedad sujeta aún a los locos que, como yo, huyen la compañía de los otros locos y cuerdos con la pena, aman pasar su invierno largo a largo sobre un sillón frente a la chimenea, saqué el reloj: eran las once y siete segundos de la noche.

*Mise en scène*<sup>56</sup> de primer orden.

En presencia de un numeroso público compuesto de parientes, de amigos y principalmente de curiosos, y, previas las formalidades de estilo: dichos, amonestaciones, etc., como quien dice, hecha la *toilette* del condenado, el ejecutor de las altas obras dio principio a su ministerio.

Cuatro minutos y veintiocho segundos después, mi amigo Juan había pasado a mejor vida.

Era cadáver o, lo que es lo mismo, marido.

¡Quiera el cielo, exclamé *ab imo pectore*<sup>57</sup> en mi amistoso fervor, que el alma del desgraciado no trasmigre malamente, yendo a habitar el cuerpo de algún ejemplar cornudo!

Una edificativa escena de familia ofrecióse luego a mi vista entre telones, donde fui admitido a título de amigo del beneficiado.

La suegra, sofocada por los sollozos, cubría de besos a su hija, dejándose caer después en los brazos del consorte, del hermano, del primo, en los del padre de Juan y, por último, hasta sobre mi chaleco, donde vino a agotar su último arsenal de lágrimas, exclamando como exclaman todas:

—¡Pobrecita mi hijita, ángel de mis entrañas!

Comprendo que es necesario, pero no me puedo conformar.

Y, la verdad: por muy grande y muy merecido que sea el descrédito en que, ante la opinión del mundo, ha caído la respetable falange de las suegras, debe ser dura cosa aun para una suegra, parir, criar y educar a su hija, exponiéndose a que el día menos pensado y sin otro sacrificio que el de la modesta

---

56 «Escenificación, puesta en escena».

57 «Desde lo más profundo de mi ser».



suma de doscientos pesos papel, que, al fin, haciendo las cosas con economía, no cuesta más la ceremonia, venga un sátrapa cualquiera... y se case con ella.

Momentos después, los novios se habían hecho humo; efecto de la alta temperatura producida en ellos por la fiebre devorante del amor.

Un tren ligero como las ganas que tenían de llegar, los transportaba a pasar la infalible luna de miel en la infalible estancia de los abuelos.

### III

**H**echo el gasto de media hora de paciencia delante del espejo, con más, el ítem de un par de guantes, quise *en avoir pour mon argent*<sup>58</sup> y me colé de nuevo en los salones invadidos por *l'élite* de la sociedad.

Tenía lugar en ellos una suntuosa fiesta de baile.

Juzgué prudente<sup>59</sup> borrar de en medio mi individuo, yendo a ocupar un puesto de honor en las filas de la pasiva.

Es decir, me senté en uno de los últimos rincones.

Llevado por mi carácter habitualmente jovial, preparábame a pasar un buen rato encarando a la humanidad por su lado alegre y ridículo, cuando de súbito se produjo en mí uno de esos cambios bruscos que inconscientemente suelen experimentar los hombres que, habiendo agotado la vida, mucho han gozado y también mucho han sufrido.

El recuerdo del placer que empalaga y del dolor que harta, trae aparejado un desencanto profundo y, como consecuencia de él, se despiertan sentimientos de perversidad que espantan y producen el horror de uno mismo, luego que la ofuscación pasa.

Hallábame en uno de esos momentos fatales; el demonio de la murmuración aguijoneaba mi espíritu.

Sentía despertarse en mí, viva, punzante, la índole del mal; hubiera llegado hasta clavar mis dientes para desgarrar con ellos la blanca túnica de la virgen, y, al través de esa verdadera rabia de dañar que me asaltaba, todo me parecía revestir las formas más odiosas.

Pasaba, a la sazón, uno de esos hombres, ni malos ni buenos, como se encuentran diez al volver de cada esquina.

Ni se les puede llamar bribones, ni tampoco honorables en la acepción absoluta de la palabra, porque su honradez es elástica: se estira o se encoge, según la medida del lucro a percibir y también según la luz que, para formar criterio, ofrece un sentido moral falseado por vicios de educación.

---

58 «Quise sacarle jugo al dinero».

59 1ª ed.: *Juzgué oportuno*.

El sujeto a que me refiero es comerciante, lo que importa decir que, si le confían en depósito una suma de dinero, se guardará muy bien de tocarla y la devolverá religiosamente intacta, aun después de transcurridos largos años; que será incapaz de introducir materialmente la mano en el bolsillo del prójimo para sustraerle ni un peso ni diez millones, pero que bonitamente le meterá cada clavo como un templo, haciéndole creer que le cuesta mil y vende en cien, lo que no le cuesta diez ni vale uno.

Poco importa que el desgraciado con quien trata pierda hasta la camisa y arrastre en su ruina a una familia entera reducida a la miseria y los horrores que la acompañan.

No crean Vds. que nuestro hombre, por eso, perderá él también ni siquiera un minuto de sueño.

Tiene la conciencia tranquila: ha mentido, ha engañado, ha falseado, ha hecho tanto mal como el ladrón que rompe una caja de fierro y se roba el tesoro que encerraba; pero a él ¿qué le importa, si no ha salido del terreno lícito y legal?

Ha cometido, es cierto, una iniquidad, pero eso se llama, en el medio donde vive, celebrar una transacción comercial, hacer un buen negocio, estaba en su derecho.

Si la operación ha arruinado a la otra parte, si la fatalidad ha pesado sobre ella, ¿es acaso suya la culpa?

Evidentemente no. Ese es el comercio.

Bien, pues, a ese comerciante, a ese hombre y a los otros de su calaña, que el mundo, donde gozan de una reputación sin mancha, recibe, acata y respeta, yo, en aquel momento, bajo la influencia de la aberración que me dominaba, hubiérales hecho pegar tres mil azotes o cuatro tiros sin mínimo remordimiento de conciencia.

—¡Qué preciosa pareja! exclamó mi vecino, soldado de la pasiva como yo. ¿No le parece a Vd., señor? agregó, sin duda, aburrido del mutismo en que yacía y queriendo echar conmigo su cuarto a espadas.

—Muy linda, efectivamente, le contesté, volviéndole a medias la espalda, poco dispuesto como estaba a mantener comercio intelectual alguno con el *premier venu*<sup>60</sup>.

Se refería a dos jóvenes que, entrelazados en las vueltas de un ligero vals, acababan de pasar rozándonos las piernas.

El es lo que se llama un hijo de familia rica.

Su padre, creyendo buenamente que no existía en su tierra casa alguna de educación superior digna de su ilustre vástago, y soñando para el niño un porvenir brillante en las ciencias, enviólo, adolescente, a completar sus estudios en Europa.

Una vez en París, ya bajo pretexto de instalarse decentemente, tal cual conviene a un joven americano de buena familia para dejar bien sentado su

---

60 «Con un cualquiera».

nombre, ya con la excusa de las crecidas sumas que se veía forzado a invertir en los honorarios de sus profesores, príncipes todos de la ciencia, en las necesidades de la vida diaria tan costosa, en los extraordinarios, imprevistos, etc., llegaban aquí, unas tras otras, las cartas en solicitud de nuevas remesas de fondos.

El buen progenitor, orgulloso de los progresos de su hijo, contestaba sus epístolas en letras de cambio, con gran contentamiento del joven y sus íntimas de la sociedad *demi-mondaine*<sup>61</sup> en cuyo centro vivía, las que no cesaban de exclamar transportadas de alegría:

—*Oh! le charmant p'tit père que t'as là!*<sup>62</sup>

Con ancho paño en que cortar y libre como las alas de un pájaro, fuera más que cretinada preferir el austero recinto del colegio *Charlemagne* o *Louis-le-Grand*<sup>63</sup>, al *tour du Lac* en *coupé*<sup>64</sup> y las cenas en la *Maison-Dorée*<sup>65</sup> o el Café Inglés, y la palabra nasal y hueca del profesor en una disertación más o menos soporífera, a las voces *câlînes* de *ces dames*<sup>66</sup>, murmurándole a uno en el oído un *mon ange chéri* o *mon petit bibi adoré*<sup>67</sup>!

Nuestro héroe, pues, y con razón, echóse de bruces en esa vida *interlope* que seca el bolsillo, degrada el cuerpo y corrompe el alma, hasta que un buen día, agotado el filón de las larguezas paternas y evaporado el último franco, la cara de hereje de la necesidad obligólo a volverse de disparada a su país, donde llegó prestigiado por el *chic épatant*<sup>68</sup> que respiraba toda su persona, aunque en cambio, bastante *dégommé*<sup>69</sup> y mucho más baúl que lo que se fue petaca.

Desesperado su padre al ver desvanecidas, una a una, sus doradas ilusiones y teniendo que rendirse, por fin, a la evidencia, apeló al recurso supremo a que apelan los padres de esta tierra en tales casos: la ganadería, verdadero *refugium peccatorum*<sup>70</sup> de brutos e inservibles.

El pato le salió gallareta, como dicen.

Soñó con un sabio y despertó con un burro.

¡Y luego, mande Vd. a sus hijos a estudiar en Europa!

Su compañera era una preciosa criatura de quince años, poseyendo toda la gracia chispeante y todo el fuego meridional de la criolla, pero hueca, superficial e ignorante como la inmensa mayoría de las mujeres argentinas, cuya

61 La integrada por mujeres galantes.

62 «¡Oh! ¡Qué padre más encantador el tuyo!»

63 En aquel entonces, los dos liceos más prestigiosos de París.

64 La vuelta en cupé (coche cerrado de dos plazas) al estanque del Bosque de Boulogne, el bosque más elegante de París, el modelo que inspirará los jardines de Palermo de Buenos Aires.

65 Uno de los restaurantes más afamados del París finisecular, escenario de un largo capítulo (el 5º) de *Música sentimental*.

66 «Las voces mimosas de esas señoras».

67 «Mi ángel querido, mi amorcito adorado».

68 «La elegancia asombrosa».

69 «Disminuido, habiendo perdido su lucimiento y distinción».

70 «Refugio de pecadores»: alusión al servicio público al que se destinaban ciertos funcionarios demasiado implicados políticamente después de un cambio de gobierno.

inteligencia es un verdadero matorral, merced a la tierna y ejemplar solicitud de nuestros padres de familia.

A los ocho años, fue puesta en la escuela de una doña Telésfora cualquiera, no porque en dicho respetabilísimo establecimiento pudieran recibir las niñas una educación moral y física proporcionada a la misión que la mujer está llamada a desempeñar en la vida, eran estas cuestiones de poca monta, sino en virtud de altas razones de otro orden, como por ejemplo: la madre de doña Telésfora, se decía, había sido muy amiga de rnamá Abuela.

Doña Telésfora estaba muy pobre, era bueno protegerla a la infeliz.

Había abierto su escuela a la vuelta, en la misma manzana.

Convenía que la niñita estuviera cerca por si llegaba a enfermarse; además, no teniendo que atravesar las boca-calles, la mamá se quedaba tranquila y sin cuidado de que la fuera a apretar algún carro, etc., etc.

Poco importaba que para poner escuela, la susodicha doña Telésfora hubiera debido empezar por el principio, es decir, por aprender ella misma lo que pretendía enseñar. Que el tiempo pasara, la niña perdiera lastimosamente sus mejores años y que, a los doce, dragoneando de señorita, saliera bajo la fe de la palabra de doña Telésfora que declaraba su educación concluida, cometiendo en el piano, con grave daño de orejas ajenas, un *mira oh! Norma*<sup>71</sup>, y escribiendo corazón con s y hasta sin h, en las misivas amorosas que se cambiaba en la puerta de calle con uno de los pilletes del barrio, miembro del grupo de pilletes rabaneros y pitadores de cigarrillos de papel que estacionaban en el poste de la esquina, frente al almacén de D. Juan el genovés.

Así fue que, a los catorce años, la tenían Vds. ascendida a la categoría de mujer, con la solemne consagración del ardientemente soñado y mil veces ensayado vestido largo, y, a los quince, la encontraban ya lanzada en el torbellino del mundo, leona de la moda del día, reina de la alta sociedad.

Pero, acérquensele con la pretensión de pasar media hora en su amable compañía; o no resisten diez minutos, el fastidio los azonza como un golpe de maza, o se hallan fatalmente obligados a echar mano de la trivialidad, a darle o a recibir de ella lo que se conviene en llamar una broma, a hablar de novios, de que dicen que fulano festeja y se casa con fulanita, la que ha dado bolsa a zutano, o bien, como recurso supremo, a desenvainar las tijeras y a cortar a destajo las carnes del infeliz que cae bajo la afilada herramienta.

Y como si la mujer fuera un cero a la izquierda, algo de poco más o menos y no debiera ejercer maldita la influencia en la familia y, por consecuencia, en la sociedad, en su marcha y perfeccionamiento, es así como tratamos de levantar su nivel moral.

¿Qué nos importa que en otras partes, en los Estados Unidos, por ejemplo, que tenemos a gala de plagiar, muchas veces sin ton ni son como los monos, la dignifiquen hasta el punto de preocuparse de sus derechos políticos y hacer de ella altos funcionarios públicos, médicos, abogados, etc.?

---

71 Extracto de la ópera *Norma* (1831) de Bellini, acto II, esc. 1.

A nosotros nos acomoda y da la regalada gana tenerla en cuenta de cosa.  
¿Por qué?

Porque sí, porque la rutina es un vicio inveterado en nuestra sangre y porque tal era la antigua usanza de nuestros padres los españoles de marras.

¡A lo que te criaste grullo, y siga la danza y viva la república a lo año diez!

Entraba en ese momento, nada les importa a Vds. saber del brazo de quien, una mujer amiga mía.

Era ésta, mi buena y querida amiga, lo que vulgarmente se llama una lengua de víbora.

Donde encajaba su colmillo maldito, envenenaba hasta matar.

Ha pasado su vida como los espectros del poeta, urdiendo redes y cavando abismos bajo los pies de la humanidad. Para ella no ha habido nunca hombre honrado ni mujer virtuosa.

Ha explotado la desgracia haciendo delito de las culpas, crímenes de los delitos.

Centinela avanzada de escándalos, cuando la verdad no le ha dado pábulo a encarnizarse sobre su víctima ya zaherida por los otros, ha saciado sus pasiones rastreras en las más monstruosas calumnias.

Ha inventado bajezas, ha mentido infamias, ha forjado atrocidades.

Ni el anciano, ni la matrona, ni la virgen, nadie ha conseguido jamás escapar a su baba ponzoñosa.

Ni aun la paz augusta de los sepulcros ha bastado a poner freno a su furor de profanar y, arrastrada por sus instintos de chacal, ha llegado como él hasta cebarse en los cadáveres que desenterraba.

¿No les basta?

Agreguen una inteligencia tan rápida de concebir, como su voluntad de dañar; tan abierta a la comprensión, como su índole al mal. Una imaginación fecunda como tierra irrigada con materias cloacales; ese espíritu sutil, incisivo, propio de la mujer, capaz de penetrar y animar una roca, unido al temple rudo y perseverante del hombre, y tendrán ustedes un perfil en boceto de su retrato, un pálido reflejo de la realidad.

La relación de simpatía entre el estado accidental de mi espíritu y la índole de esta maldita, hizo, sin duda, que me sintiera atraído hacia ella por una fuerza irresistible.

Sentéme, pues, a su lado, buscando en ese foco ardiente de perversidad nuevo incentivo a la maledicencia, como los monos buscan el sol y los gatos la estufa.

—¡Es Vd. mi querido amigo! ¡Cuánto tiempo hace que no tengo el gusto de verlo! ¿Acaso el lobo se ha convertido en cordero y, en expiación de sus pasadas fechorías, le han acometido veleidades de ascetismo, o bien se ha decidido Vd. a profesar con voto solemne en alguna orden y anda el diablo disfrazado de monje?

—Ni una ni otra cosa, señora, le contesté. Creo que el talento del artista está en saber retirarse a tiempo de la escena.

El respetable público me sabía ya de memoria.

Gastados mis medios con el uso y con los años, habríame visto reducido a apelar a esos deplorables *trucs*<sup>72</sup> de la fragilidad humana en la época de la decadencia, en la hora tremenda de la *dégringolade*<sup>73</sup> que, por desgracia, había sonado para mí y queriendo evitar a todo trance la compasión y el ridículo con que el mundo fustiga y con justicia, a los viejos pisa-verdes, he resuelto liquidar mis cuentas con él y pasar el resto de mi vida pacíficamente encerrado entre las cuatro paredes de mi casa.

¿He hecho bien? He hecho mal?

Seguro estoy de que nadie mejor que Vd. mi amiga y contemporánea, sabrá apreciar la cordura de mi conducta.

—Ha hecho Vd. perfectamente, dijo; y luego, contrariada sin duda por mis últimas palabras y en busca de una revancha: ¡cómo transcurre el tiempo! exclamó, mirándome fijamente con intención marcada. Está Vd. flaco y de veras muy avejentado, mi querido amigo.

—Si la flacura y la vejez fueran objetos de envidia, le contesté, diría que de puro envidiosa habla Vd. así.

Pero ¡ay de mí! me es fuerza reconocerlo. Sólo los nobles sentimientos de su buena alma pueden haberle inspirado el interés que me dispensa y la compasión que se lee retratada en su semblante.

Crea Vd. que le quedo profundamente agradecido.

Yo, por el contrario, vea lo que es el mundo, la encuentro siempre linda y siempre joven.

Se diría que el tiempo no deja huellas en Vd. y, no obstante, hace fecha, insistí, que tengo el honor de conocerla y el placer de contarme en el número de sus buenos amigos.

¿Recuerda Vd. allá por los años cincuenta y no sé cuántos?

Éramos ya ambos de avería...

—He tenido siempre muy mala memoria, me interrumpió visiblemente picada, para acordarme de las fechas.

—No es posible, sin embargo, que la haya perdido del todo, tratándose de Vd., por más que, lo confieso, hablé de hechos que empiezan a borrarse en la noche de los tiempos.

Decía, pues, agregué con el propósito decidido de pincharla y hacerla saltar, que hace la friolera de veinte y tantos años (y ya entonces Vd. debía contar otros veinte)...

—¡Ea! ¡Hasta cuándo, por Dios! —exclamó con un movimiento de impaciencia y una chispa de cólera en los ojos—, doble Vd. la hoja y basta.

Permítame que le observe que en su mezquino empeño por vengarse de lo que, adulterando el sentido de mis palabras, ha creído Vd. una maldad y

72 «Mañas, habilidades».

73 «Caída, decadencia».

no ha sido otra cosa, pongo a Dios por testigo, que una manifestación brutal si se quiere, pero franca y espontánea del amistoso interés que me inspira, se muestra Vd. poco galante y corre riesgo, si prosigue, de volverse cargoso y hasta impertinente.

Y luego con marcada ironía:

—Si lo he ofendido, pídale mil perdones, agregó, pero no sea cruel; no se cebe en una pobre mujer indefensa y, desde lo alto de su grandeza, hágame la limosna de un poco de paz o, por lo menos, de tregua de bromas de mal gusto!...

—Señora, me deja Vd. confundido. Es a mí a quien toca pedirle humildemente perdón si he podido causarle algún disgusto.

Paz, mi noble amiga, paz; soy yo el primero en implorarla de hinojos y en doblar mis dos rodillas para rendirle el más cumplido homenaje...

—Paz, entonces, dijo, tendiéndome la mano.

*Vanitas, vanitatis...*

Esa cabeza poderosamente organizada, esa naturaleza superior, dura, implacable, grande en la obra de destrucción a que la fatalidad la empujaba, que hubiérase dicho, por lo mismo, inaccesible en su grandeza infernal a las debilidades humanas, presentábales, no obstante, el flanco abierto y vulnerable; tanto que un simple lugar común, una broma de mal gusto, como ella misma la llamaba, hacía la volverse sobrecogida de rabia y de dolor como culebra a la que le pisan la cola.

*Et omnia vanitas.*<sup>74</sup>

Después de un momento de silencio en que pareció recobrar su aplomo habitual:

—¿No le parece, me dijo sonriendo, que en vez de arañarnos como muchachos mal criados, sería mejor y más entretenido hacer con los muñecos de cuerda que se mueven delante de nosotros lo que hacen ellos con sus juguetes?

Ahí le dolía; la gata no tardaba en mostrar las uñas.

—Rompa Vd., mi querida amiga; rompa y despedace a su antojo.

No puede proporcionarme placer más grande.

Y sin hacérselo decir dos veces:

—¿Ve Vd., me preguntó, a ese tipo de plácido rostro, con sus largas patillas peinadas a la inglesa y cuyos grandes ojos azules, dulces y apacibles, harían creer en una alma pura, a la vez que la dignidad de su porte y distinción de sus maneras parecen revelar un perfecto *gentleman*?

—¿Y bien?

—Y bien, eso que a los ojos de muchos pasa por un hombre y, lo que es más, por un hombre decente, se halla muy lejos de serlo.

Si Vd. le raspa un poco la corteza, se encuentra con un hongo, con un apéndice de los que suelen pegarse sin que se sepa cómo; un injerto de yuyo

---

74 Las palabras exactas con las que, en la traducción latina de la *Vulgata*, el *Eclesiastés* (I, 2) lamenta el vacío y la nada de las cosas de este mundo es: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*.



venenoso importado Dios sabe de dónde, que se adhiere a la planta indígena, se confunde con ella y concluye por echar raíces y florecer merced a la espontánea y lujosa feracidad de este suelo de bendición; un presente griego; un aventurero, en fin, o, lo que es lo mismo, un caballero de industria.

Plebeyo como John Bull<sup>75</sup>, la posesión del oro que su audacia y la insensata candidez de la familia en cuyo seno se ha metido, como el vampiro para chuparle la sangre, le brindan a manos llenas, despierta de pronto en él sueños de vanidad y de ambición.

Desaparece, se ausenta por un tiempo y luego vuelve a aparecer de improviso, engalanado con el anexo de un título cualquiera de conde o de marqués, que ha comprado con el proceo de las haciendas del manso y poco advertido suegro, en alguna ropavejería de Italia o de Portugal, donde esas drogas se expenden a vil precio.

¡Y muy feliz aún cuando el hambriento recogido en media calle se harta con una presa y no lleva su apetito brutal hasta hacer tabla rasa del opíparo festín!

—¡Hasta cuándo, por Dios!, agregó, la nobleza continuará siendo la máscara de la zoncera de los hombres; hasta cuándo soportarán Vds. impasibles que esta canalla explote inicua y generosamente el acceso franco y generoso, la hospitalidad patriarcal que se les ofrece!

—Tiene Vd. razón, me apresuré a contestarle, arrastrado, a pesar mío, por la fuerza de sus palabras.

¡Es tiempo ya de que los gentiles queden expulsados del templo y se cierren al intruso las puertas del hogar cuya santidad profana!

—El hogar, el hogar... murmuró como arrepentida de un arranque de nobleza extraño a su carácter.

No lo tome en tono tan solemne. Recuerde que hay sólo un paso de lo sublime a lo ridículo y, sobre todo, no olvide que el oropel también relumbra...

¡Hogar-santuario!... ármese, se lo aconsejo, de una linterna e inspírese previamente en el ejemplo de Job para poder encontrarlo por los tiempos que corren.

Asómese, sino, al de la mujer que nuestro hombre lleva del brazo, y si resiste dos minutos a la fetidez que despide, quiero que venga y me lo cuente.

—Pero esa mujer, le observé, es, según dicen, una santa, un raro ejemplo de abnegación conyugal, algo como el ángel de caridad consagrado a aliviar los sufrimientos de un infeliz, de un hijo desheredado de la naturaleza, contrahecho y repugnante.

—Y, sin embargo, el ángel no es otra cosa que un ángel caído; una mujer de rara belleza, pero astuta, sin corazón, seca de esa sensibilidad propia de su sexo, exquisita, delicadísima; una hija de mármol, en una palabra, tan empapada en el espíritu de su siglo, dotada de una precocidad tan pasmosa que, niña aún, no trepidó en sacrificar sus hechizos de virgen al becerro de oro, en el lecho de un deforme diez veces millonario.

---

75 Personificación del pueblo inglés (como *Uncle Sam* de Estados Unidos o del pueblo norteamericano). El apodo proviene de un panfleto de John Arbuthnot titulado *El proceso sin fin o Historia de John Bull* (1712).

El espectáculo repelente de ese miserable<sup>76</sup> cuyo físico, del que la vida huye horrorizada, va inclinándose fatalmente, hasta que llegue un día a confundirse con la tierra de donde nunca debió salir y, a su lado, la criatura venal, la especuladora, la mujer-cifra, que cuenta los latidos de su pecho y calcula las horas que aún le restan, espiondo el momento en que su cadáver quede tendido en el suelo para redondear el espléndido negocio, para arrebatarse el manto de oro que lo cubre, como los chimangos espían la muerte del cordero para devorarlo los ojos.

Ahí tiene Vd. el dulce y apacible cuadro de un hogar, y como éste hay muchos otros: aquél, sin ir más lejos, dijo, en seguida, señalando hacia un punto del salón.

—¿Conoce Vd. a esa pareja?—agregó.

Se refería a un marido y a su mujer que hablando en voz baja atinaban a pasar frente a nosotros.

—Para no conocerla, fuerza sería que cayera de la luna o que viviera en Tebas<sup>77</sup>, le contesté.

—No se jacte, mi amigo, no se jacte; ande despacio.

Mire que todos los días se aprende y, Dios me perdone, me parece que en este caso algo le queda a Vd. por aprender.

¿Quiere que le cuente una peregrina historia? Escuche y la sabrá.

Hace años un hombre rico tenía su mano a una guaranga, y llevado por su carácter noble y generoso, la hacía suya delante del altar cuando nada le impedía habérsela adjudicado detrás.

Vd. sabe que si hay corazas que resisten a los conos de acero, no se han inventado todavía capaces de oponerse a la vieja bala esférica de oro y, mucho menos, la miserable cáscara de nuez que nos ampara a nosotras, pobres y frágiles mujeres.

Del casucho que habitaba con su familia en el barrio del alto, nuestra heroína, apestando a pastillas de zahumar, se trasladó a la espléndida mansión que su esposo le había destinado en una de las calles aristocráticas del centro.

¿Cree Vd. acaso que se casó enamorada o, por lo menos, que los beneficios derramados sobre ella y los suyos a manos llenas por la bondad de su marido, el cariño que le profesaba<sup>78</sup>, las consideraciones de que la rodeaba, el *comfort*, la riqueza, el empleo lucrativo dado al padre, el colegio pagado a los hermanos, despertaron en ella sentimientos de gratitud, señalándole el camino del deber?

¡Qué disparate, mi amigo!

Se casó por la plata y sin educación, sin conciencia, sin moral ni religión, instintivamente inclinada al mal y capaz de familiarizarse con él hasta en el crimen; una vez rica, los placeres, la vida disipada, el lujo, el esplendor, absorbieron por completo su tiempo.

76 1ª ed.: *Qué espectáculo repelente el de ese miserable.*

77 La referencia parece aludir más a la Tebas imperial, capital del Alto Egipto, cuyo esplendor máximo se sitúa en el s. XXII a. J.C., que a la Tebas beociana, que en el s. VII a. J.C. impuso durante un tiempo su hegemonía sobre Grecia.

78 1ª ed.: *el cariño que le demostraba.*

No faltó, como no falta nunca, uno de esos seres pervertidos que, a título de pariente, de socio o de médico, se cuelan en una casa, toman posesión de ella, ganan poco a poco todas sus avenidas y, cubiertos con la máscara de la amistad, llegan hasta penetrar en el lecho de la esposa, hasta meter una mano ladrona en su regazo, mientras aprietan efusivamente con la otra la del hombre bueno y confiado, incapaz de sospechar el mal, porque es incapaz de cometerlo él mismo, a quien roban su honra de la manera más infame.

Lo de siempre, mi querido amigo, el médico de la casa se convirtió en el querido de la esposa y de esa unión criminal nacieron varios hijos con un apellido honrado y una sangre bastarda<sup>79</sup>.

Un buen día, la sociedad se sintió dolorosamente impresionada por la muerte del marido que acababa de sucumbir víctima de una larga y penosa enfermedad y, un año después, circulaba por el público la noticia de que la viuda contraía nuevo enlace con el médico en cuestión.

En todo esto nada había que observar miradas las cosas por encima.

Las exigencias del mundo habían sido cumplidas.

Habíase guardado un año de duelo al muerto. Ella, además, era linda y joven todavía; nada más natural, por consiguiente, que aun habiendo adorado a su marido, la resignación cristiana concluyera por llevar la paz a su alma, el tiempo cicatrizara las llagas de su corazón, la naturaleza reaccionara y no viviese voluntariamente condenada a una perpetua viudez.

El enlace, pues, tuvo lugar, y hoy los cónyuges son un matrimonio modelo.

El, un médico distinguido, tiene una numerosa clientela<sup>80</sup> y goza de una reputación envidiable como hombre y como sabio.

A su puerta jamás ha llamado en vano la voz de la desgracia, viéndosele siempre acudir solícito, lo mismo al lujoso lecho del rico que al pobre y desnudo catre del proletario.

Ella, una virtuosísima matrona, socia de cuanta institución filantrópica existe<sup>81</sup> entre nosotros, cuyas pingues rentas no bastan, sin embargo, al inmenso tesoro de caridad de su alma, tales y tan grandes son las obras de beneficencia que practica.

Ambos viven contentos y felices, de esa bienaventurada felicidad de los justos que reposa en la fuerza misma de la virtud.

Esto es lo que universalmente corre como palabra de evangelio, ¿no es así?

Pero, ¿desea Vd. saber hasta dónde dice la verdad o hasta qué punto miente la voz pública; quiere Vd. sondear esas conciencias, registrar ese hogar, descorrer el velo que cubre ese santuario y averiguar qué santos ocupan esos nichos?

Vaya y pregúnteselo al facultativo llamado en consulta por salvar las formas, sin duda, a la cabecera del primer marido moribundo, cuya agonía presenció.

79 1ª ed.: *con el apellido de un hombre honrado y la sangre de un canalla.*

80 1ª ed.: *una numerosísima clientela.*

81 1ª ed.: *socia de una institución filantrópica que existe entre nosotros.*

El le dirá al oído, mirando con cautela en su alrededor y pidiéndole reserva, que todo lo que cura, mata, según la medida en que se da y que la fatalidad, habiendo tomado cartas en el juego, hizo que se les fuera la mano al médico y a la esposa en una dosis de arsénico.

Un movimiento irreflexivo de sorpresa ante tan negra acción, fue lo primero que experimenté al escuchar estas últimas palabras.

Un momento después, el grito de la conciencia negándose a darles crédito, mi asombro se trocaba en ira contra la que había lanzado la calumnia, forjándola ella misma o haciéndose eco de los calumniadores.

—¡Esa debe ser una infame mentira!, dije bruscamente, sintiendo que la sangre encendía mi rostro.

—¡Mentira!, exclamó con una carcajada seca que, más que risa, fue un sacudimiento nervioso.

¡Qué atrasado de noticias está mi amigo!

Se diría que es Vd. un angelito que vive en la gloria.

Decididamente, anda muy dejado de la mano de Dios.

Y luego, mirándome con fijeza:

—¡Qué!, agregó, se ha puesto Vd. colorado; ¡el rubor y la cólera han encendido sus mejillas!

¡Ilustre campeón, digno de más heroicos tiempos!

¿Por qué no se encaja de una vez la vasija, enristra la lanza y se larga a enderezar entuertos por esos mundos? —agregó con la zorrería más mordaz de que era susceptible.

No encontraría Vd., es cierto, astas de molino a su disposición, los que hoy se gastan no son ya de viento, pero, en cambio, podría Vd. romperse la crisma contra el castillo encantado del ridículo y hacerse golpear la boca hasta por los muchachos de escuela.

—Todo lo que Vd. quiera, repliqué en tono rudo y grosero, resuelto a poner fin a aquella escena que se me iba volviendo insoportablemente odiosa, a medida que se disipaba la nube que había ofuscado mi razón, que recobraba poco a poco la posesión de mi yo.

Entre mi papel de viejo ridículo, sin embargo, y el suyo que podría y que no quiero calificar, no necesito agregar que me quedo con el mío, dije después.

—¡Pero infeliz! —insistió, dejándose caer con rabia sobre esta palabra, ¡de qué pasta lo ha hecho Dios, cuando se escandaliza por tan poco!

¿Qué no sabe que cosas mil veces peores son hoy moneda corriente que todo el mundo da y recibe sin que a nadie se le ocurra ni sospechar siquiera que le meten un billete falso?

¡En qué mundos vive Vd., mi pobre amigo!

Y mire, continuó, el acaso me sirve a las mil maravillas para probarle que tengo razón y no pasa de ser Vd. un pobre creyente de la boca abierta.

Observe a esa criatura que baila allí en un cuadro de lanceros.

No necesito decirle que es rubia, de cabellos dorados como las primeras ilusiones y linda como los ángeles.

Se diría que un exquisito perfume de candor se exhala de sus delicados contornos y satura la atmósfera que respira.

Todo esto Vd. lo ve.

Pero lo que no sabe y quiero que sepa para que no ande dando lástimas y sentando por ahí plaza de... cándido, es cuál fue la causa de que su familia desapareciera<sup>82</sup> de pronto el año pasado.

—El estado de la salud de la señora, a quien el médico ordenaba una temporada de campo.

Es eso lo que he oído, por lo menos.

—Sí, eso fue lo que se dijo, ¿pero era acaso la verdad, o se había buscado sólo un pretexto?

¿Se hallaba, efectivamente, enferma la madre y de enfermedad tan curiosa que el médico la mandara en el mes de julio a la frontera, o se trataba de la salud de la hija, de algún escandaloso secreto, de encerrar en el silencio un acontecimiento fatal, inevitable, que debía producirse pocos meses después y cuya revelación hubiera cubierto a todos de vergüenza?

El mulato zafio, lameplatos de la casa y protagonista de la fiesta, es el que, mejor que nadie, podría arrojar la luz que rasgara este misterio.

¡Oh! Hacer de una matrona un ser degradado y perverso, y de una virgen una impura, era el colmo de la iniquidad!

Todo lo que había en mí sano y honrado se rebeló<sup>83</sup> en presencia de maldad tan monstruosa.

Hubiera querido que aquella mujer fuese un hombre para haberle azotado el rostro y haberlo muerto después...

Me sucedió lo que á los borrachos, que se apoderan de la botella e incitados por el dorado líquido que contiene, beben un vaso primero y otro y otro después, hasta que el estómago se subleva en medio de terribles ansias.

Sediento de maledicencia, habíame embriagado yo también en el aliento mortífero de esa mujer, o, más bien, de ese demonio, hasta que el exceso del veneno absorbido llegaba a sublevar mi alma de indignación, haciéndome conservar de aquella escena un recuerdo desagradable y fastidioso.

De entre un grupo de personas que estacionaba hacia el lado opuesto del salón, se destacaba la alta silueta de un joven periodista, con sus grandes ojos chispeantes de maligna travesura y cierta expresión, peculiar en él, de permanente sarcasmo en el rostro.

No se le puede mirar sin un vago asomo de desconfianza y de miedo, a la vez que, aberración inexplicable, se siente uno atraído hacia él en íntima simpatía, por un no sé qué que emana de toda su persona, seduce y cautiva.

Saturado de talento hasta el último rincón de la cabeza, es brillante, afilado y peligroso como una navaja de barba.

---

82 1ª ed.: *es porqué su familia desapareció.*

83 1ª y 2ª ed.: *se reveló.*

Si se le maneja con tino, deja la piel lisa, tersa y suave como un guante de Bertin; pero por poco que se vaya la mano, roza, hace arder, corta, saca sangre y va hasta penetrar profundamente en las carnes.

Implacable con sus enemigos, sin que ni la desgracia, ni el castigo, ni el tiempo basten a amortiguar sus odios, podría grabar en su pluma:

*Qui s'y frotte, s'y pique.*<sup>84</sup>

Era la única cara conocida que en ese instante ofrecíase a mi vista.

A él me dirigí de pronto y tomándolo del brazo:

—Venga, le dije; acompáñeme a fumar un cigarro; acabo de pasar un mal momento; he sufrido un vértigo y necesito respirar el aire puro de la noche.

---

84 «El que juega con fuego se quema.»